POR UN POPULISMO DE IZQUIERDA

chantal mouffe

siglo veintiuno editores

POR UN POPULISMO DE IZQUIERDA

chantal mouffe

siglo veintiuno editores

Índice

Cubierta

Índice

Portada

Copyright

Dedicatoria

Epígrafe

Introducción

1. El momento populista

2. Para aprender del thatcherismo

3. Para radicalizar la democracia

4. La construcción de un pueblo

Conclusión

Anexo teórico

Agradecimientos

Chantal Mouffe

POR UN POPULISMO DE IZQUIERDA

Traducción de

Soledad Laclau

siglo veintiuno
editores

Mouffe, Chantale

Por un populismo de izquierda.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2018.

Libro digital, EPUB.- (Sociología y política)

Archivo Digital: descarga

Traducción de Soledad Laclau // ISBN 978-987-629-883-4

1. Populismo. 2. Movimiento Político. 3. Ciencia Política. I. Laclau, Soledad, trad. II. Título.

CDD 324.2

Título original: For a Left Populism (Londres - Nueva York, Verso, 2018)

© 2018, Chantal Mouffe

© 2018, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

< www.sigloxxieditores.com.ar >

Diseño de portada: Pablo Font

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: noviembre de 2018

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-629-883-4

para Ernesto

Los hombres pueden secundar a la fortuna y no contrarrestarla; pueden tejer sus hilos, pero no romperlos. No deben abandonarse a ella porque, ignorando sus designios y caminando la fortuna por desconocidas y extraviadas sendas, siempre hay motivos de esperanza que sostendrán el ánimo en cualquier adversidad y en las mayores contrariedades de la suerte.

Nicolás Maquiavelo, Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio

Introducción

Este libro surge de mi convicción de que resulta imperioso para la izquierda comprender la naturaleza de la actual coyuntura y el desafío que representa el "momento populista". Asistimos a una crisis de la formación hegemónica neoliberal, que abre la posibilidad de construir un orden más democrático. Para poder aprovechar esta oportunidad, es esencial entender la naturaleza de las transformaciones ocurridas durante los últimos treinta años y sus consecuencias para la política democrática.

Estoy persuadida de que numerosos partidos socialistas y socialdemócratas están desorientados porque se aferran a una concepción inadecuada de la política, cuya crítica ha sido el foco de mis reflexiones durante muchos años. Esa crítica comenzó con Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una política democrática radical, libro que escribí con Ernesto Laclau y fue publicado en 1985.

Lo que nos motivó fue la incapacidad de la política de izquierda, tanto en su versión marxista como en su versión socialdemócrata, para tomar en cuenta una serie de movimientos surgidos tras las revueltas de 1968 y que respondían a diversas resistencias contra una variedad de formas de dominación que no podían formularse en términos de clase. La segunda ola del feminismo, el movimiento homosexual, las luchas antirracistas y los problemas del medioambiente habían transformado de raíz el panorama político, pero los partidos de izquierda tradicionales no fueron receptivos a sus demandas porque no lograron reconocer su carácter político. Para subsanar esas limitaciones, decidimos indagar los motivos que habían llevado a esa situación.

Comprendimos pronto que los obstáculos por superar provenían de la perspectiva esencialista que dominaba el pensamiento de izquierda. Según esta perspectiva, a la que denominamos

“esencialismo de clase”, las identidades políticas expresaban la posición de los agentes sociales en las relaciones de producción, y esa posición definía sus intereses. No es extraño que tal perspectiva fuera incapaz de comprender demandas que no estuvieran basadas en el concepto de “clase”.

Dedicamos una parte importante del libro a refutar este enfoque esencialista, para lo cual recurrimos a algunas ideas del postestructuralismo. Combinándolas con las de Antonio Gramsci, desarrollamos un enfoque alternativo “antiesencialista”, al que consideramos adecuado para aprehender la multiplicidad de luchas contra diferentes formas de dominación. A fin de dar expresión política a la articulación de aquellas luchas, propusimos redefinir el proyecto socialista en términos de una “radicalización de la democracia”.

El proyecto consistía en establecer una “cadena de equivalencias” que articulara las demandas de la clase obrera con las de los nuevos movimientos para construir una “voluntad común” y crear lo que Gramsci denominó una “hegemonía expansiva”. Al reformular el proyecto de la izquierda en términos de una “democracia radical y plural”, lo inscribimos en el campo más amplio de la revolución democrática, dejando en claro de este modo que las múltiples luchas por la emancipación se fundan en la pluralidad de agentes sociales y sus luchas. De esta manera, el campo del conflicto social se amplió, en vez de concentrarse en un “sujeto privilegiado” como la clase obrera. Debe quedar claro que, a diferencia de lo que afirman ciertas interpretaciones erróneas de nuestro argumento, esto no significa que hayamos privilegiado las demandas de los nuevos movimientos en detrimento de las de la clase obrera. Lo que destacamos fue la necesidad de que la política de izquierda articulara las luchas en torno a diferentes formas de subordinación, sin atribuir una centralidad a priori a ninguna de ellas.

También indicamos que la expansión y radicalización de las luchas democráticas nunca lograría alcanzar una sociedad plenamente liberada, y que el proyecto emancipatorio ya no podía concebirse como la eliminación del Estado. Siempre existirán antagonismos, luchas y una opacidad parcial de lo social. Por lo tanto, había que abandonar el mito del comunismo como una sociedad transparente

y reconciliada, que claramente entrañaría el fin de la política.

Hegemonía fue escrito en una coyuntura marcada por la crisis de la formación hegemónica socialdemócrata en los años de la posguerra. De todos modos, y aunque la ofensiva neoliberal desafiaba los valores socialdemócratas, estos todavía ejercían influencia en la configuración del sentido común de Europa Occidental, y nuestro objetivo era encontrar una manera de defenderlos y radicalizarlos. Lamentablemente, cuando en 2000 se publicó la segunda edición del libro, en la nueva introducción señalamos que durante los quince años transcurridos desde su publicación original se había producido un fuerte retroceso. Con el pretexto de la "modernización", un creciente número de partidos socialdemócratas habían descartado su identidad de "izquierda" y se habían redefinido eufemísticamente como de "centroizquierda".

Esta es la nueva coyuntura que analicé en En torno a lo político, publicado en 2005, libro que examina el impacto de la "tercera vía", teorizada en Gran Bretaña por Anthony Giddens y puesta en práctica por Tony Blair y su partido Nuevo Laborismo. Allí demostré cómo, al haber aceptado el terreno hegemónico establecido por Margaret Thatcher en torno al dogma de que no había ninguna alternativa a la globalización neoliberal –su famoso "TINA" [There Is No Alternative]–, el nuevo gobierno de centroizquierda terminó por implementar lo que Stuart Hall denomina una "versión socialdemócrata del neoliberalismo". Al afirmar que el modelo de política adversarial y la oposición izquierda/derecha eran obsoletos, y al celebrar el "consenso en el centro" entre la centroderecha y la centroizquierda, el denominado "centro radical" promovió una forma de política tecnocrática según la cual la política no constituía una confrontación partisana, sino una administración neutral de los asuntos públicos.

Como solía decir Tony Blair: "La opción no es entre una política económica de izquierda o de derecha, sino entre una buena o una mala política económica". La globalización neoliberal se percibía como un destino que debíamos aceptar, y las cuestiones políticas quedaron reducidas a meros asuntos técnicos que gestionarían los expertos. No quedó margen para que los ciudadanos tuvieran una alternativa real entre proyectos políticos diferentes, y su rol quedó

limitado a la aprobación de las políticas “racionales” elaboradas por esos expertos.

A diferencia de quienes la presentaban como un progreso para una democracia en proceso de maduración, argumenté que esta situación “pospolítica” originó un proceso de desafección respecto de las instituciones democráticas, que se manifestó en los crecientes niveles de abstención. También advertí sobre el creciente éxito de los partidos populistas de derecha que pretendían ofrecer una alternativa que devolviera al pueblo la voz que le fuera confiscada por las élites del establishment. Asimismo, insistí en la necesidad de romper con el consenso pospolítico y de reafirmar la naturaleza partisana de la política a fin de crear las condiciones necesarias para un debate “agonista” sobre las posibles alternativas.

En aquel momento –me doy cuenta ahora–, aún pensaba que los partidos socialistas y socialdemócratas podían transformarse con el objeto de implementar el proyecto de radicalización de la democracia que promovíamos en Hegemonía y estrategia socialista.

Es evidente que la esperada transformación no ocurrió, ya que los partidos socialdemócratas en la mayoría de las democracias de Europa Occidental están en decadencia, mientras que el populismo de derecha ha logrado avances significativos. Sin embargo, la crisis de 2008 puso en primer plano las contradicciones del modelo neoliberal, y hoy la formación hegemónica neoliberal es cuestionada por diversos movimientos antiestablishment, tanto de derecha como de izquierda. Pretendo analizar aquí esta nueva coyuntura, a la que denominaré “momento populista”.

El argumento central de este libro es que, para poder intervenir en la crisis hegemónica, es imprescindible establecer una frontera política, y que el populismo de izquierda –entendido como estrategia discursiva de construcción de la frontera política entre “el pueblo” y “la oligarquía”– es el tipo de política requerido para recuperar y profundizar la democracia.

Cuando escribí En torno a lo político, propuse restablecer la frontera izquierda/derecha, pero ahora estoy convencida de que esa frontera, en su configuración tradicional, ya no es adecuada para articular una voluntad común que contenga la actual diversidad de

demandas democráticas. El momento populista es la expresión de una serie de demandas heterogéneas que ya no pueden formularse sólo en términos de intereses vinculados a categorías sociales determinadas. Además, en el capitalismo neoliberal han surgido nuevas formas de subordinación por fuera del proceso productivo que han dado lugar a demandas que ya no se corresponden con sectores sociales definidos en términos sociológicos o por su ubicación en la estructura social. Esas reivindicaciones –la defensa del ambiente, las luchas contra el sexismo, el racismo y otras formas de dominación– se han vuelto cada vez más importantes. Por esta razón, la frontera política debe construirse de un modo "populista" transversal. Sin embargo, también argumentaré que la dimensión "populista" no basta para especificar el tipo de política que la actual coyuntura requiere. Este tipo de política debe calificarse como populismo "de izquierda" para dejar en claro cuáles son los valores que persigue.

La estrategia populista de izquierda se hace eco de las aspiraciones de muchas personas porque reconoce el papel crucial que juega el discurso democrático en el imaginario político de nuestras sociedades y porque establece –en torno a la democracia como significante hegemónico– una cadena de equivalencia entre las diversas luchas contra la subordinación. A mi entender, en los próximos años el eje central del conflicto político estará entre el populismo de izquierda y el populismo de derecha. Por consiguiente, sólo mediante la construcción de un "pueblo" –una voluntad colectiva que resulte de la movilización de los afectos comunes en defensa de la igualdad y la justicia social– podremos combatir las políticas xenófobas que promueve el populismo de derecha.

Al restablecer las fronteras políticas, el "momento populista" señala un "retorno de lo político" luego de años de pospolítica. Este retorno puede dar lugar a soluciones autoritarias –mediante regímenes que debiliten las instituciones democráticas liberales–, pero también puede conducir a la reafirmación y la expansión de los valores democráticos. Todo dependerá de cuáles sean las fuerzas políticas que logren hegemonizar las demandas democráticas actuales, y del tipo de populismo que salga victorioso en la lucha contra la pospolítica.

1. El momento populista

Quisiera dejar en claro desde el comienzo que no pretendo añadir otra contribución al campo ya pletórico de "estudios sobre el populismo", y que no tengo ninguna intención de entrar en el estéril debate académico sobre la "verdadera naturaleza" del populismo. Este libro pretende ser una intervención política, y reconozco abiertamente su naturaleza partisana. Voy a definir lo que entiendo por "populismo de izquierda" y argumentar que, en la presente coyuntura, nos ofrece la estrategia adecuada para recuperar y profundizar los ideales de igualdad y soberanía popular que son constitutivos de la política democrática.

Mi modo de teorizar la política se basa en Maquiavelo, quien, como nos recordaba Althusser, siempre se situaba "en la coyuntura" en vez de reflexionar "sobre la coyuntura". Fiel en este sentido al modelo de Maquiavelo, inscribiré mi reflexión en una coyuntura particular y buscaré lo que él denominaba la verità effetuale de la cosa (la verdad efectiva de la cosa) del "momento populista" que hoy atravesamos en los países europeos occidentales. Limitaré mi análisis a Europa Occidental porque, aunque sin duda la cuestión del populismo es relevante también en Europa del Este, esos países exigen un examen particular dado que están marcados por su historia específica bajo el comunismo y su cultura política presenta rasgos diferentes. Lo mismo puede decirse de las diversas formas de populismo latinoamericano. Aunque existen "parecidos de familia" entre los diversos populismos, cada uno corresponde a una coyuntura particular y requiere estudiarse según su propio contexto. Espero que mis reflexiones sobre la coyuntura de Europa Occidental aporten ideas que resulten útiles para analizar otras situaciones populistas.

Aunque mi objetivo es político, gran parte de mis reflexiones son de naturaleza teórica, ya que la estrategia populista de izquierda que procuro defender se fundamenta en un enfoque teórico

antiesencialista que sostiene que la sociedad está siempre dividida y construida discursivamente a través de prácticas hegemónicas. Muchas de las críticas dirigidas al "populismo de izquierda" provienen de una falta de comprensión de este enfoque, y por esta razón es importante explicarlo con claridad. Para alcanzar este objetivo, en diversos puntos de mi argumento me referiré a los postulados centrales del enfoque antiesencialista, y al final del libro ofreceré mayores precisiones en un anexo teórico.

Para disipar posibles confusiones, empezaré por precisar qué entiendo yo por "populismo". Comenzaré por descartar el significado peyorativo que le atribuyeron los medios de comunicación masiva para descalificar a quienes se oponen al statu quo. Y continuaré el enfoque analítico desarrollado por Ernesto Laclau, que permite tratar la cuestión del populismo de modo más fructífero.

En su libro La razón populista, Laclau define el populismo como una estrategia discursiva de construcción de una frontera política que divide a la sociedad en dos campos y convoca a la movilización de "los de abajo" contra "aquellos en el poder".[1] No es una ideología, y no se le puede atribuir un contenido programático específico. Tampoco constituye un régimen político. Es un modo de hacer política que puede adoptar diversas formas ideológicas en función del momento y del lugar, y que es compatible con una variedad de marcos institucionales. Podemos hablar de un "momento populista" cuando, bajo la presión de transformaciones políticas o socioeconómicas, la multiplicación de demandas insatisfechas desestabiliza la hegemonía dominante. En este tipo de situaciones, las instituciones no logran garantizar la lealtad de la gente cuando intentan defender el orden vigente. Como consecuencia, el bloque histórico que constituye el basamento social de una formación hegemónica comienza a desarticularse, y surge la posibilidad de construcción de un nuevo sujeto de acción colectiva –el pueblo– capaz de reconfigurar un orden social experimentado como injusto.

A mi entender, esto es lo que caracteriza nuestra presente coyuntura, y por ese motivo resulta acertado calificarla como un "momento populista". Este momento populista señala la crisis de la

formación hegemónica neoliberal instaurada paso a paso en Europa Occidental durante los ochenta. Esta formación hegemónica neoliberal reemplazó al Estado de bienestar keynesiano socialdemócrata que, durante los treinta años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, fue el principal modelo socioeconómico en los países democráticos de Europa Occidental. El núcleo de esta nueva formación hegemónica está constituido por un conjunto de prácticas económico-políticas orientadas a imponer las reglas del mercado –desregulación, privatización, austeridad fiscal– y a limitar el rol del Estado a la protección de los derechos de propiedad privada, libre mercado y libre comercio. El término "neoliberalismo", en la actualidad, hace referencia a esta nueva formación hegemónica que, lejos de estar limitada al dominio económico, conlleva una concepción general de la sociedad y del individuo basada en una filosofía del individualismo posesivo.

Implementado en varios países desde los ochenta en adelante, este modelo no tuvo que enfrentar cuestionamientos importantes hasta la crisis financiera de 2008, cuando comenzó a manifestar sus limitaciones. Esta crisis, iniciada en 2007 en los Estados Unidos con el colapso del mercado hipotecario de alto riesgo, derivó en una crisis financiera internacional de gran escala con la quiebra del banco de inversión Lehman Brothers al año siguiente. Para impedir el derrumbe del sistema financiero internacional fue necesario iniciar rescates masivos a las instituciones financieras. La posterior crisis económica mundial afectó de manera profunda a varias economías europeas, y provocó una crisis de deuda en el continente. Para lidiar con esta crisis, la mayoría de los países implementaron políticas de austeridad que tuvieron efectos drásticos, sobre todo en los del sur.

Durante la crisis económica se condensó una serie de contradicciones, lo que condujo a eso que Gramsci denominaba un interregnum: un período de crisis durante el cual se cuestionan varios principios del consenso establecido alrededor de un proyecto hegemónico. Todavía no se vislumbra una solución a la crisis, y esto es lo que caracteriza al "momento populista" que hoy vivimos. El "momento populista" es, por lo tanto, la expresión de una variedad de resistencias a las transformaciones políticas y económicas sufridas durante los años de hegemonía neoliberal. Estas

transformaciones han conducido a una situación a la que podríamos denominar “posdemocracia”, para indicar la erosión de los dos pilares del ideal democrático: la igualdad y la soberanía popular. Más adelante explicaré cómo se produjo esa erosión, pero antes quisiera examinar el significado de “posdemocracia”.

Acuñado por Colin Crouch, el término señala el debilitamiento del rol de los parlamentos y la pérdida de soberanía como consecuencia de la globalización neoliberal. Según Crouch:

La causa fundamental de la decadencia de la democracia en la política contemporánea es el enorme desequilibrio que se está gestando entre el rol de los intereses corporativos y los de prácticamente todos los demás grupos. Junto con la inevitable entropía de la democracia, esto está conduciendo a que la política se convierta una vez más en un asunto de élites cerradas, como ocurría en tiempos predemocráticos.[2]

Jacques Rancière también utiliza el término, al que define de la siguiente manera:

La posdemocracia es la práctica gubernamental y la legitimación conceptual de una democracia posterior al demos, una democracia que liquidó la apariencia, la cuenta errónea y el litigio del pueblo, reductible por lo tanto al mero juego de los dispositivos estatales y las armonizaciones de energías e intereses sociales.[3]

Si bien no disiento de estas definiciones, mi uso del término es algo diferente ya que, mediante una reflexión acerca de la naturaleza de la democracia liberal, quiero resaltar un rasgo diferente del neoliberalismo. Como es bien sabido, el término “democracia” proviene del griego demos-kratos, que significa “el poder del pueblo”. Sin embargo, cuando hablamos de “democracia” en

Europa, nos referimos a un modelo específico: el modelo occidental que resulta de la inscripción del principio democrático en un contexto histórico particular. Este modelo ha recibido diversos nombres: democracia representativa, democracia constitucional, democracia liberal, democracia pluralista.

En todos los casos, lo que está en tela de juicio es un régimen político caracterizado por la articulación de dos tradiciones diferentes: por un lado, la del liberalismo político –el Estado de derecho, la división de poderes y la defensa de la libertad individual–; por otro lado, la democrática, cuyas ideas centrales son la igualdad y la soberanía popular. No existe una relación necesaria entre estas dos tradiciones, sólo una articulación histórica contingente que, como ha señalado C. B. Macpherson, surgió de las luchas conjuntas de liberales y demócratas contra los regímenes absolutistas.[4]

Algunos autores, como Carl Schmitt, afirman que esta articulación produjo un régimen inviable, ya que el liberalismo niega a la democracia y la democracia niega al liberalismo. Otros, siguiendo a Jürgen Habermas, sostienen la "cooriginalidad" de los principios de libertad e igualdad. Schmitt tiene razón, sin duda, cuando señala la existencia de un conflicto entre la "gramática" liberal, que postula la universalidad y la referencia a la "humanidad", y la "gramática" de la igualdad democrática, que requiere la construcción de un pueblo y una frontera entre un "nosotros" y un "ellos". Pero considero que se equivoca al presentar ese conflicto como una contradicción que tarde o temprano llevará a la democracia liberal pluralista a la autodestrucción.

En La paradoja democrática concebí la articulación de estas dos tradiciones –de hecho, irreconciliables– como una configuración paradójica, como el locus de una tensión que define la originalidad de la democracia liberal como una politeia: una forma de comunidad política que garantiza su carácter pluralista.[5] La lógica democrática de construir un pueblo y defender prácticas igualitarias resulta necesaria para definir un demos y para subvertir la tendencia del discurso liberal al universalismo abstracto. Pero su articulación con la lógica liberal nos permite cuestionar las formas de exclusión que son inherentes a las prácticas políticas de

determinación del pueblo que ha de gobernar.

La política liberal democrática consiste en un proceso constante de negociación entre las diferentes configuraciones hegemónicas de esa tensión constitutiva. Esta tensión, que se expresa en términos políticos en la frontera entre derecha e izquierda, sólo puede estabilizarse de manera provisoria mediante negociaciones pragmáticas entre las fuerzas políticas. Y estas negociaciones siempre establecen la hegemonía de una de ellas por sobre las otras. Si reexaminamos la historia de la democracia liberal, veremos que en ciertas ocasiones ha prevalecido la lógica liberal, mientras que en otras predomina la lógica democrática. No obstante, ambas lógicas permanecieron activas, y la posibilidad de una negociación "agonista" entre derecha e izquierda –propia del régimen democrático liberal– siempre se mantuvo vigente.

Las consideraciones previas se refieren de manera exclusiva a la democracia liberal concebida como un régimen político, pero resulta evidente que esas instituciones políticas nunca existieron con independencia de su inscripción en un sistema económico. En el caso del neoliberalismo, por ejemplo, estamos en presencia de una formación social que articula una forma particular de democracia liberal con el capitalismo financiero. Aunque debemos tomar en cuenta esta articulación cuando estudiamos una formación social específica, a nivel analítico es posible examinar la evolución del régimen democrático liberal como una forma política de sociedad, con el fin de destacar algunas de sus características.

La actual situación puede describirse como una "posdemocracia", porque durante los últimos años, como consecuencia de la hegemonía neoliberal, la tensión agonista entre los principios liberales y los democráticos –que es constitutiva de la democracia liberal– fue eliminada. Con la extinción de los valores democráticos de igualdad y soberanía popular, han desaparecido los espacios agonistas donde podían confrontar los diferentes proyectos de sociedad, y los ciudadanos han sido despojados de la posibilidad de ejercer sus derechos democráticos. Sin duda, aún se habla de "democracia", pero ha quedado reducida a su componente liberal y sólo expresa la presencia de elecciones libres y la defensa de los derechos humanos. Lo que ha cobrado una relevancia cada vez

mayor es el liberalismo económico con su defensa del libre mercado, en tanto muchos aspectos del liberalismo político han sido relegados a un segundo plano, cuando no simplemente eliminados. Es esto lo que entiendo por “posdemocracia”.

En la arena política, la evolución hacia la posdemocracia se puso de manifiesto a través de aquello que en mi libro En torno a lo político propuse designar como “pospolítica”, que desdibuja la frontera política entre la derecha y la izquierda.[6] Bajo el pretexto de la “modernización” impuesta por la globalización, los partidos socialdemócratas han aceptado los diktats del capitalismo financiero y los límites que imponen a las intervenciones estatales y sus políticas redistributivas.

En consecuencia, el rol de los parlamentos y de las instituciones que permiten que los ciudadanos influyan en las decisiones políticas se ha visto limitado de manera drástica. Las elecciones ya no ofrecen la posibilidad de decidir entre alternativas reales a través de los “partidos de gobierno” tradicionales. Lo único que permite la pospolítica es la alternancia bipartidista del poder entre partidos de centroderecha y de centroizquierda. Todos aquellos que se oponen al “consenso en el centro” y al dogma que proclama que no existe ninguna alternativa a la globalización neoliberal son presentados como “extremistas” o descalificados como “populistas”.

Así, la política ha pasado a ser una mera cuestión de administración del orden establecido, un dominio reservado a expertos, y la soberanía popular ha sido declarada obsoleta. Se ha socavado uno de los pilares simbólicos fundamentales del ideal democrático –el poder del pueblo–, ya que la pospolítica elimina la posibilidad de una lucha agonista entre diferentes proyectos de sociedad, lo cual constituye la condición misma para el ejercicio de la soberanía popular.

Junto con la pospolítica, hay otro fenómeno que debemos tomar en cuenta para analizar las causas de la condición posdemocrática: la creciente “oligarquización” de las sociedades occidentales. Los cambios a nivel político han ocurrido en el contexto de una nueva forma de regulación del capitalismo, en la que el capital financiero ocupa un lugar central. La financierización de la economía produjo una gran expansión del sector financiero a expensas de la economía

productiva. Esto explica el aumento exponencial en las desigualdades que hemos vivido en los últimos años.

Las políticas de privatización y desregulación también han contribuido al drástico deterioro en las condiciones de los trabajadores. Bajo los efectos combinados de la desindustrialización, la promoción de cambios tecnológicos y los procesos de relocalización de industrias en países con un costo más bajo de mano de obra, se perdieron muchos puestos de trabajo.

A raíz de las políticas de austeridad impuestas luego de la crisis de 2008, esta situación comenzó a afectar también a gran parte de la clase media, que ha entrado en un proceso de pauperización y precarización. Como resultado de este proceso de oligarquización, el otro pilar del ideal democrático –la defensa de la igualdad– también fue eliminado del discurso liberal democrático. Lo que impera ahora es una visión liberal individualista que celebra la sociedad de consumo y la libertad que ofrecen los mercados.

Es en este contexto posdemocrático de erosión de los ideales democráticos de soberanía popular e igualdad que debemos entender el "momento populista". Este se caracteriza por la emergencia de múltiples resistencias contra un sistema político económico que se percibe cada vez más controlado por élites privilegiadas que hacen oídos sordos a las demandas de los otros grupos de la sociedad. En un comienzo, la mayoría de las resistencias políticas contra el consenso posdemocrático provenían de la derecha. En los noventa, partidos populistas de derecha como el FPÖ en Austria y el Frente Nacional en Francia comenzaron a presentarse como los adalides de la restitución al "pueblo" de la voz que le habían quitado las élites. Mediante el trazado de una frontera entre "el pueblo" y el "establishment político", lograron traducir a un vocabulario nacionalista las demandas de los sectores populares que se sentían excluidos del consenso dominante.

Fue así, por ejemplo, como Jörg Haider transformó el Partido de la Libertad en Austria en un partido de protesta contra la "gran coalición". Al movilizar las temáticas de la soberanía popular, logró articular las crecientes resistencias al modo en que el país era gobernado por una coalición de élites que impedían un debate democrático real.[7]

El panorama político, que ya había mostrado señales de radicalización de izquierda con una variedad de movimientos antiglobalización, cambió de manera significativa en 2011. Cuando las políticas de austeridad comenzaron a afectar las condiciones de vida de amplios sectores de la población, se produjeron importantes protestas populares en varios países europeos y el consenso pospolítico comenzó a desarmarse. En Grecia los Aganakitsmenoi y en España los Indignados del 15M ocuparon las plazas centrales bajo la consigna "¡Democracia ya!". Fueron seguidos por el movimiento Ocupa, que se inició en los Estados Unidos y tuvo manifestaciones en varias ciudades de Europa, sobre todo en Londres y Fráncfort. Y más recientemente, durante 2016 en Francia, Nuit Debout fue la expresión de las formas de protesta conocidas como "movimientos de las plazas".

Aquellas protestas fueron el indicador de un despertar político tras muchos años de relativa apatía. Sin embargo, la negativa de esos movimientos horizontalistas a involucrarse en las instituciones políticas limitó su impacto. Y al no tener ninguna forma de articulación con la política institucional, pronto comenzaron a perder su dinámica. Si bien es indudable que estos movimientos de protesta desempeñaron un papel importante en la transformación de la conciencia política, sólo lograron obtener resultados significativos cuando fueron seguidos por movimientos políticos estructurados, dispuestos a involucrarse en las instituciones políticas.

Fue en Grecia y en España donde surgieron los primeros movimientos políticos que implementaron una forma de populismo cuyo objetivo era la recuperación y la profundización de la democracia. En Grecia, Syriza –un frente social unido surgido de una coalición de diferentes movimientos de izquierda cercanos a Synaspismos, el ex partido eurocomunista– marcó el surgimiento de un nuevo tipo de partido radical, cuyo objetivo era desafiar la hegemonía neoliberal a través de la política parlamentaria. Mediante el establecimiento de una sinergia entre movimientos sociales y partidos políticos, Syriza logró articular en una voluntad colectiva una variedad de demandas democráticas, y esto le permitió acceder al poder en enero de 2015.

Lamentablemente, Syriza no logró implementar su programa antiausteridad debido a la brutal respuesta de la Unión Europea, que reaccionó con un "golpe financiero" y lo obligó a aceptar los diktats de la Troika. Esto no invalida la estrategia populista que le permitió llegar al poder, pero sin duda plantea cuestiones importantes respecto de las limitaciones que la pertenencia a la Unión Europea impone a la posibilidad de llevar adelante políticas que desafíen al neoliberalismo.

En España, el meteórico ascenso de Podemos en 2014 fue posible gracias a la capacidad de un grupo de jóvenes intelectuales para aprovechar el terreno creado por los Indignados. Esto condujo a la creación de un movimiento partidario que buscaba salir del punto muerto de la política consensual establecida durante la transición a la democracia, cuyo agotamiento era evidente. La estrategia de Podemos –que consiste en crear una voluntad colectiva popular mediante la construcción de una frontera política entre las élites del establishment (la "casta") y el "pueblo"– aún no ha logrado llevar el partido al gobierno, pero sus miembros sí pudieron acceder al Parlamento, con un número importante de diputados. Desde entonces se han constituido en una fuerza importante de la política española y han logrado profundas transformaciones en el panorama político del país.

En otros países se han observado tendencias similares: Die Linke en Alemania, el Bloco de Esquerda en Portugal, y La France Insoumise de Jean-Luc Mélenchon en Francia, que en junio de 2017, un año después de su creación, ganó diecisiete escaños en el Parlamento y hoy representa la principal oposición al gobierno de Emmanuel Macron. Por último, el sorpresivo buen resultado del Partido Laborista británico bajo el liderazgo de Jeremy Corbyn, también en junio de 2017, constituye otro indicio de una nueva forma de radicalismo en varios países europeos.

Los partidos socialdemócratas, que en muchas naciones han desempeñado un rol importante en la implementación de las políticas neoliberales, son incapaces de comprender la naturaleza del momento populista y de afrontar el desafío que representa. Prisioneros de sus dogmas pospolíticos y reacios a admitir sus errores, no logran reconocer que muchas de las demandas

articuladas por partidos populistas de derecha son demandas democráticas a las que se debe dar una respuesta progresista. Muchas de esas demandas provienen de grupos que encarnan a los principales perdedores de la globalización neoliberal y no pueden ser satisfechas dentro del proyecto neoliberal.

Sin duda, calificar a los partidos populistas de derecha como "neofascistas" o "de extrema derecha" y atribuir su atractivo a la falta de educación resulta conveniente para las fuerzas de centroizquierda. Es una manera fácil de descalificarlos, sin reconocer la propia responsabilidad de la centroizquierda en su surgimiento. Al establecer una frontera "moral" para excluir a los "extremistas" del debate democrático, los "buenos demócratas" creen que pueden detener el surgimiento de pasiones "irracionales". Esa estrategia de demonización de los "enemigos" por parte del consenso bipartidista puede ser reconfortante desde una perspectiva moral, pero resulta desempoderante a nivel político.

Para detener el ascenso de los partidos populistas de derecha, es necesario diseñar una respuesta propiamente política mediante un movimiento populista de izquierda que unifique todas las luchas democráticas contra la posdemocracia. En vez de excluir a priori a los votantes de los partidos populistas de derecha por estar necesariamente motivados por pasiones atávicas, y condenarlos a permanecer prisioneros de esas pasiones, es necesario reconocer el núcleo democrático que origina muchas de sus demandas.

Un enfoque populista de izquierda debería intentar proporcionar un vocabulario diferente para orientar esas demandas hacia objetivos más igualitarios. Esto no significa consentir la política de los partidos populistas de derecha, pero sí implica no atribuir a sus votantes la responsabilidad por el modo en que se articulan sus demandas. No niego que hay quienes se sienten a gusto con los valores reaccionarios, pero estoy persuadida de que muchos se sienten atraídos por esos partidos porque sienten que son los únicos que se preocupan por sus problemas. Pienso que si se utiliza un lenguaje diferente, muchos podrían experimentar su situación de un modo distinto y unirse a la lucha progresista.

Existen varios ejemplos que demuestran que esa estrategia puede funcionar. Por ejemplo, en las elecciones legislativas de 2017 en

Francia, Jean-Luc Mélenchon y otros candidatos de La France Insoumise, como François Ruffin, lograron obtener el apoyo de votantes que con anterioridad habían votado a Marine Le Pen. A través del debate con personas que, bajo la influencia del Frente Nacional, veían a los inmigrantes como responsables de sus penurias, los activistas lograron que muchos de esos votantes cambiaran de parecer. Su sensación de abandono y su deseo de reconocimiento democrático, antes expresados en un lenguaje xenófobo, fueron reformulados en un vocabulario diferente y apuntados hacia otro enemigo. Algo similar ocurrió en Gran Bretaña durante las elecciones de junio de 2017, en las que el 16% de los votantes del partido populista de derecha UKIP votó por Jeremy Corbyn.

Ahora que el discurso antiestablishment procede también del lado progresista, y que las fuerzas políticas de la izquierda comienzan a trazar la frontera entre el "pueblo" y la "oligarquía", nos encontramos por fin en un "momento populista". Lo que está en juego en este momento es la rearticulación de las resistencias a la posdemocracia y la forma en que se construirá el "pueblo". Existen muchas maneras de hacerlo. Y no todas las construcciones populistas de la frontera política tienen objetivos igualitarios, incluso en aquellos casos en que se rechaza el sistema existente en nombre de la restitución del poder al pueblo.

Ambos tipos de populismo buscan unificar demandas insatisfechas, pero lo hacen de formas muy diferentes. La diferencia reside en la composición del "nosotros" y en cómo se define el adversario, es decir, el "ellos".

El populismo de derecha afirma que recuperará la soberanía popular y restaurará la democracia, pero entiende esa soberanía como una "soberanía nacional" reservada a los verdaderos "nacionales". Los populistas de derecha no postulan la demanda de igualdad y construyen un "pueblo" que excluye a numerosas categorías, casi siempre inmigrantes, percibidas como una amenaza a la identidad y la prosperidad de la nación. Cabe señalar que, aun cuando el populismo de derecha articula diversas resistencias contra la posdemocracia, no presenta necesariamente al adversario del pueblo como constituido por las fuerzas del neoliberalismo. Sería un

error, por lo tanto, identificar su oposición a la posdemocracia con un rechazo al neoliberalismo. Su victoria podría conducir a formas nacionalistas autoritarias de neoliberalismo que, en nombre de la recuperación de la democracia, de hecho la limitarían de manera drástica.

El populismo de izquierda, por el contrario, quiere recuperar la democracia con el fin de profundizarla y ampliarla. La estrategia populista de izquierda busca unificar las demandas democráticas en una voluntad colectiva para construir un “nosotros”, un “pueblo” capaz de enfrentar a un adversario común: la oligarquía. Esto requiere el establecimiento de una cadena de equivalencia entre las demandas de los trabajadores, de los inmigrantes y de la clase media precarizada, además de incluir otras demandas democráticas como las de la comunidad LGBT. El objetivo de esta cadena es la creación de una nueva hegemonía que permita la radicalización de la democracia.

▪

[1] Ernesto Laclau, On Populist Reason, Londres - Nueva York, Verso, 2005 [trad. cast.: La razón populista, Buenos Aires, FCE, 2005].

[2] Colin Crouch, Post-Democracy, Cambridge, RU, Polity, 2004, p. 104 [trad. cast.: La posdemocracia, Madrid, Taurus, 2004].

[3] Jacques Rancière, Disagreement: Politics and Philosophy, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999, p. 102 [trad. cast.: El desacuerdo. Política y filosofía, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996, p. 129].

[4] C. B. Macpherson, The Life and Times of Liberal Democracy, Óxford, Oxford University Press, 1977 [trad. cast.: La democracia liberal y su época, Madrid, Alianza, 1981].

[5] Chantal Mouffe, The Democratic Paradox, Nueva York - Londres, Verso, 2000 (ed. rev., 2009) [trad. cast.: La paradoja democrática, Barcelona, Gedisa, 2003].

[6] Chantal Mouffe, On the Political, Abingdon, RU, Routledge, 2005 [trad. cast.: En torno a lo político, Buenos Aires, FCE, 2007].

[7] En “The ‘End of Politics’ and the Challenge of Right-Wing Populism” analicé el crecimiento del Partido de la Libertad en Austria bajo Jörg Haider. Véase Francisco Panizza (ed.), Populism and the Mirror of Democracy, Nueva York - Londres, Verso, 2005, pp. 50-71 [trad. cast.: “El ‘fin de la política’ y el desafío del populismo de derecha”, en Francisco Panizza (comp.), El populismo como espejo de la democracia, Buenos Aires, FCE, 2009].

2. Para aprender del thatcherismo

El “momento populista” que se vive en toda Europa Occidental ofrece la oportunidad de plantear una alternativa a la formación hegemónica neoliberal, hoy en crisis. La cuestión central es cómo manejar la transición. ¿Existen ejemplos de los cuales podamos aprender, que nos ayuden a vislumbrar qué camino tomar? Es probable que una reflexión exhaustiva sobre las condiciones que posibilitaron la hegemonía del modelo neoliberal en Europa Occidental nos brinde algunas claves acerca de cómo se produce una transformación hegemónica. Esta es la coyuntura que examinamos en Hegemonía y estrategia socialista, por lo cual resulta conveniente reconsiderar algunos de sus análisis.

El libro fue escrito en Londres, en tiempos de la crisis del consenso de posguerra establecido entre los laboristas y los tories en torno al Estado de bienestar keynesiano. Y desarrollamos nuestras reflexiones sobre el futuro de la política de izquierda principalmente dentro de ese contexto británico. Sin embargo, a mi entender su pertinencia no queda restringida a Gran Bretaña. Como señaló Wolfgang Streeck:

La estructura de los acuerdos de posguerra entre capital y trabajo era fundamentalmente la misma en todos los países en que se había institucionalizado el capitalismo democrático, por diferentes que estos fueran en otros aspectos. Incluía una expansión del Estado de bienestar, el derecho de los trabajadores a la libre negociación colectiva y una garantía política de pleno empleo suscripta por gobiernos que recurrían con desenvoltura a diversas herramientas keynesianas.[8]

Para entender la naturaleza del Estado de bienestar keynesiano

como una formación hegemónica es necesario aceptar que, si bien desempeñó un papel crucial en la subordinación de la reproducción de la fuerza de trabajo a las necesidades del capital, también preparó las condiciones para el surgimiento de un nuevo tipo de derechos sociales y transformó en profundidad el sentido común democrático, lo que legitimó una serie de demandas por la igualdad económica. En diversos países, el poder de los sindicatos permitió la consolidación de derechos sociales. Entretanto, el aumento de la desigualdad se mantuvo bajo control, los trabajadores obtuvieron beneficios considerables y durante aquellos años se lograron importantes progresos democráticos. Por ser un acuerdo entre el capital y el trabajo, permitió una suerte de coexistencia incómoda entre capitalismo y democracia.

No obstante, durante la primera mitad de los setenta, la desaceleración económica y la creciente inflación comenzaron a marcar los límites del compromiso keynesiano. Bajo los efectos de la crisis del petróleo de 1973, la economía sufrió, las ganancias disminuyeron y el acuerdo socialdemócrata de posguerra comenzó a desmoronarse. En Gran Bretaña, enfrentado a una crisis fiscal, el Partido Laborista en el poder tuvo que recurrir al Estado para disciplinar a las clases trabajadoras, lo que condujo a un creciente descontento. Hacia mediados de los setenta, el modelo socialdemócrata de posguerra estaba en serios problemas y comenzó a sufrir una “crisis de legitimidad”.

Sin embargo, los factores económicos no bastan para comprender de manera cabal la crisis del modelo socialdemócrata. También debemos tomar en cuenta otros factores, en particular el surgimiento de los denominados “nuevos movimientos sociales” en los sesenta. En aquel momento este término hacía referencia a luchas muy diversas: urbanas, ecologistas, antiautoritarias, antiinstitucionales, feministas, antirracistas, étnicas, religiosas y a favor de las minorías sexuales. La polarización política creada en torno a estas nuevas demandas democráticas, junto con una ola de militancia laboral, provocó la reacción de los conservadores, quienes afirmaron que la multiplicación de las luchas por la igualdad había llevado a las sociedades occidentales al borde del “precipicio igualitario”. Cuando comenzó la recesión económica después de 1973, la derecha decidió que había llegado el momento

de detener la expansión del imaginario democrático. Para conseguirlo, comenzó a planificar la oposición a ese movimiento igualitario y la restauración de las ganancias hasta entonces controladas por el poder de los sindicatos. En su informe a la Comisión Trilateral en 1975, Samuel Huntington declaró que las luchas por una mayor igualdad y participación en los sesenta habían generado una "escalada democrática" que había vuelto "ingobernable" a la sociedad. Concluyó que "la fuerza del ideal democrático plantea un problema para la gobernabilidad de la democracia".[9]

En el momento en que escribimos nuestro libro, Margaret Thatcher acababa de ganar las elecciones, pero el resultado de la crisis aún era incierto. Así percibíamos la situación:

Es indudable que la proliferación de nuevos antagonismos y de "nuevos derechos" está conduciendo a una crisis de la formación hegemónica de la posguerra. Pero la forma de superación de esta crisis está lejos de estar predeterminada, ya que el modo en que los derechos van a ser definidos y las formas que van a adoptar las luchas contra la subordinación no están establecidos de manera unívoca.[10]

Afirmamos entonces que, para contrarrestar la ofensiva de la derecha, resultaba crucial que el laborismo expandiera su base social y reconociera las limitaciones de su política corporativista y que también incorporara las críticas formuladas por los nuevos movimientos sociales, cuyas demandas democráticas era esencial articular junto con las de la clase trabajadora. El objetivo era constituir un nuevo bloque histórico en torno a un proyecto socialista redefinido en términos de la "radicalización de la democracia". Estábamos persuadidos de que sólo un proyecto hegemónico orientado a la expansión de los principios democráticos de libertad e igualdad para un conjunto más amplio de relaciones sociales podría ofrecer una salida progresista de la crisis.

Lamentablemente, el Partido Laborista, prisionero de su visión

economicista y esencialista, fue incapaz de entender la necesidad de una política hegemónica y se aferró a una defensa anticuada de sus posturas tradicionales. Por consiguiente, no logró resistir el ataque de las fuerzas que se oponían al modelo keynesiano, lo cual allanó el camino para la victoria ideológica y cultural del proyecto neoliberal.

Cuando Margaret Thatcher asumió como primer ministro en 1979, su objetivo era romper con el consenso de posguerra entre tories y laboristas, al que consideraba causante y responsable del estancamiento británico. A diferencia del Partido Laborista, Thatcher era consciente de la naturaleza partisana de la política y de la importancia de la lucha hegemónica. Su estrategia era a todas luces populista. Consistía en el trazado de una frontera política entre, por un lado, las "fuerzas del establishment" –identificadas con los burócratas estatales opresivos, los sindicatos y los beneficiarios de las ayudas estatales– y por otro, la "gente" industriosa, víctima de las diversas fuerzas burocráticas y sus diferentes aliados.

Su principal objetivo fueron los sindicatos, cuyo poder se propuso destruir. Así, se involucró en una confrontación directa con el Sindicato Nacional de Trabajadores Mineros liderado por Arthur Scargill, a quien declaró "el enemigo interno". La huelga de mineros (1984-1985), la disputa industrial más encarnizada en la historia de Gran Bretaña, fue un punto de inflexión en su trayectoria. Culminó con una victoria decisiva para el gobierno, que a partir de entonces pudo imponer sus condiciones a un movimiento sindical debilitado y consolidar su programa económico liberal.

Cuando el consenso keynesiano de posguerra se desmoronaba, Margaret Thatcher intervino y desafió con ferocidad el statu quo. Al erigir una frontera política, logró desarticular los elementos clave de la hegemonía socialdemócrata y pudo establecer un nuevo orden hegemónico basado en el consentimiento popular. Esto es algo que los políticos laboristas, con su visión esencialista de la política, no pudieron comprender. En vez de llevar adelante una ofensiva contrahegemónica, estaban convencidos de que el incremento en los niveles de desempleo causado por las políticas neoliberales y el empeoramiento de las condiciones de los trabajadores pronto los

llevarían de nuevo al gobierno. Esperaban pasivamente que el deterioro de las condiciones económicas actuara en su favor sin comprender que, mientras tanto, Thatcher consolidaba su revolución neoliberal.

En su análisis sobre la estrategia hegemónica a la que denominó "thatcherismo" y definió como "populismo autoritario", Stuart Hall señala que "el populismo thatcherista […] combina los temas resonantes del conservadurismo de los tories orgánico –nación, familia, deber, autoridad, estándares, tradicionalismo– con los agresivos temas de un neoliberalismo revitalizado –interés propio, individualismo competitivo, antiestatismo–".[11] Thatcher consiguió implementar políticas neoliberales en Gran Bretaña gracias a su capacidad para capitalizar las resistencias al modo colectivista y burocrático que había implementado el Estado de bienestar.

Thatcher logró obtener el apoyo de diversos sectores para poner en marcha su proyecto neoliberal porque estos se dejaron seducir por su celebración de la libertad individual y su promesa de liberarlos del poder opresivo del Estado. Ese discurso encontró eco incluso entre los beneficiarios de la intervención estatal, irritados por el modo burocrático en que a menudo se distribuían los beneficios. Al oponer los intereses de algunas categorías de trabajadores a los derechos de las feministas y los inmigrantes, a los que aquellos señalaban como responsables de su pérdida de empleo, Thatcher logró poner de su lado a importantes sectores de la clase trabajadora.

En su embestida contra la hegemonía socialdemócrata, Margaret Thatcher intervino en varios frentes –el económico, el político y el ideológico– para reconfigurar discursivamente lo que hasta ese momento se consideraba "sentido común" y combatir sus valores socialdemócratas. El principal objetivo fue cortar el vínculo que se había establecido entre liberalismo y democracia, vínculo que –como sostuvo C. B. Macpherson– había "democratizado" al liberalismo.

Friedrich Hayek, el filósofo predilecto de Thatcher, insistía en la necesidad de reafirmar la "verdadera" naturaleza del liberalismo como una doctrina que busca reducir al mínimo los poderes del

Estado para maximizar el objetivo político central: la libertad individual. Esta fue la noción a la que definió como libertad negativa (ausencia de coacción), en tanto "condición de los hombres en cuya virtud la coacción que algunos ejercen sobre los demás queda reducida, en el ámbito social, al mínimo".[12]

Otra jugada en esta estrategia ideológica fue fomentar la resignificación de la "democracia", subordinándola a la "libertad". Según Hayek, la idea de democracia es secundaria respecto de la idea de libertad individual, de manera que la defensa de la libertad económica y la propiedad privada reemplaza la defensa de la igualdad como valor privilegiado en una sociedad liberal. En su opinión, "la democracia es esencialmente un medio, un instrumento utilitario para salvaguardar la paz interna y la libertad individual".[13] Hayek estaba convencido de que, si surgía un conflicto entre democracia y libertad, se debía priorizar la libertad, aunque eso implicara sacrificar la democracia. En sus últimos años, llegó incluso al extremo de sugerir la abolición de la democracia.

Con un discurso que oponía los "contribuyentes" cumplidores y responsables a las élites burocráticas que restringían la libertad de estos mediante el uso abusivo del poder del Estado, Thatcher logró consolidar un bloque histórico alrededor de su visión neoliberal y transformar la configuración de las fuerzas sociales y económicas. Sin embargo, en determinado momento los tories comenzaron a percibir que la política de Thatcher era demasiado disgregadora y, luego de haber ganado tres elecciones, cuando la implementación del "Poll Tax"[14] en 1989 condujo a una ola de estallidos de violencia en las calles, la obligaron a dimitir en 1990.

Para entonces, Margaret Thatcher ya había afianzado su revolución neoliberal. A tal punto la visión neoliberal quedó arraigada en el sentido común tras su gobierno que, cuando el laborismo volvió al poder en 1997 con Tony Blair, ni siquiera intentó desafiar la hegemonía neoliberal. De hecho, como bien señala Hall, en el discurso del Nuevo Laborismo encontramos todas las figuras discursivas claves del thatcherismo:

El "contribuyente" (el hombre trabajador, excesivamente gravado

para mantener a los “parásitos” beneficiarios de la ayuda social) y el “cliente” (la afortunada ama de casa, “libre” para ejercer una elección limitada en el mercado, para quien la “agenda de la elección” y la entrega personalizada fueron específicamente diseñadas). Nadie piensa nunca que cualquiera de los dos podría ser también un ciudadano que necesita o depende de los servicios públicos.[15]

No es de extrañar que cuando, años después, se le preguntó cuál había sido su logro más importante, Margaret Thatcher respondiera “Tony Blair y el Nuevo Laborismo. Obligamos a nuestros oponentes a cambiar de opinión”.

Algunas personas cercanas al Nuevo Laborismo teorizaron como una “tercera vía” –una forma de política que estaba “más allá de la izquierda y de la derecha”, presentada como la concepción más avanzada de la “política progresista”– lo que en realidad fue una capitulación ante el neoliberalismo. Una vez que la formación hegemónica neoliberal quedó establecida con firmeza, la necesidad de demarcar una frontera política entre un “nosotros” y un “ellos” pasó a integrar un modelo obsoleto de política. Y el “consenso en el centro” fue celebrado como un paso hacia una forma madura de democracia, en la cual ese antagonismo ya se habría superado. Este modelo consensual de la “tercera vía” fue adoptado más tarde como credo por los principales partidos socialdemócratas y socialistas de Europa. Tras el colapso del modelo soviético, la tercera vía se convirtió en la única visión aceptable para una izquierda democrática, lo cual indica la transformación total y completa de la socialdemocracia en social-liberalismo. Esto preparó el terreno para el imperio de la pospolítica, que a su vez creó las condiciones necesarias para la consolidación de la hegemonía neoliberal en Europa Occidental.

Esta consolidación de la hegemonía neoliberal estuvo acompañada por algunos cambios significativos. Mientras que la ideología del thatcherismo era una combinación de temas conservadores del toryismo orgánico con prácticas económicas neoliberales, el neoliberalismo que se volvió hegemónico en años posteriores se alejó de la ideología conservadora tradicional. Para poder responder

a la transformación en el modo de regulación del capitalismo vinculado a la transición del fordismo al posfordismo, la formación hegemónica neoliberal incorporó diversos temas de la contracultura. En su libro The New Spirit of Capitalism, Luc Boltanski y Eve Chiapello describen cómo, enfrentados al desafío representado por los nuevos movimientos, los capitalistas aprovecharon las demandas de autonomía de estos movimientos para el desarrollo de la economía interconectada posfordista y las transformaron en nuevas formas de control.[16] Utilizaron diversas formas de "crítica artística" –término con que aluden a las estrategias estéticas de la contracultura, entre ellas la búsqueda de autenticidad, el ideal de autogestión y la exigencia antijerárquica– para promover las condiciones requeridas por el nuevo modo de regulación capitalista, y reemplazar así el marco disciplinario característico del período fordista. Esto generó condiciones favorables para neutralizar y apropiarse de muchas de las demandas de los nuevos movimientos sociales, lo que contribuyó a liberalizar el trabajo y fomentar un individualismo egoísta.

Varios teóricos de izquierda han sido muy críticos respecto de Boltanski y Chiapello, y los han acusado de presentar a los movimientos contraculturales como responsables de la victoria de los valores neoliberales. Esa interpretación se basa en una comprensión errónea de su enfoque, cuyo interés, desde una perspectiva hegemónica –como señalé en Agonística–, reside en que nos permite visualizar la transición del fordismo al posfordismo en términos de lo que Gramsci denominó la "hegemonía por neutralización" o "revolución pasiva".[17] Con esto alude a una situación específica en que el sistema existente se apropia de las demandas que desafían el orden hegemónico para satisfacerlas y de ese modo neutralizar su potencial subversivo. Gracias a un proceso de detournement de los discursos y prácticas de la crítica contracultural, el capital pudo resistir el desafío que esas demandas podrían haber representado para su legitimidad y para la consolidación de su supremacía.

Esta solución funcionó durante un tiempo, pero tras años de hegemonía indiscutida, el neoliberalismo ha entrado en crisis. Y esto ofrece la posibilidad de que la izquierda construya un nuevo orden hegemónico. Esta oportunidad no debe ser desaprovechada, y

para pensar cómo intervenir en esta coyuntura, propongo aprender de la estrategia de Thatcher. Esta propuesta puede parecer una provocación, pero no soy la primera en plantearla: aunque en un contexto diferente, esto fue lo que sugirió también Stuart Hall en su libro The Hard Road to Renewal, en el que destacó que, a diferencia del laborismo, Thatcher había logrado desarrollar un proyecto político hegemónico mediante la implementación de una serie de estrategias sociales y económicas diferentes, sin descuidar jamás la dimensión ideológica.[18]

La actual crisis de la formación hegemónica neoliberal ofrece la posibilidad de intervenir para establecer un nuevo orden. Deberíamos seguir el camino de Thatcher y adoptar una estrategia populista, pero esta vez con un objetivo progresista, e intervenir en múltiples frentes para construir una nueva hegemonía orientada a la recuperación y la profundización de la democracia. El momento populista exige este tipo de intervención.

Si bien la crisis del neoliberalismo nos brinda la oportunidad de construir un nuevo orden hegemónico, no existen garantías de que este acarree progresos democráticos significativos, e incluso cabe la posibilidad de que sea de naturaleza autoritaria. Por este motivo resulta crucial que la izquierda no repita los errores del pasado. Para no cometerlos, es imprescindible que abandone la concepción esencialista de la política que le impide aprehender su dimensión hegemónica.

Lo que se necesita de manera imperiosa es una estrategia populista de izquierda orientada a la construcción de un “pueblo”, estrategia que tendrá que combinar la diversidad de resistencias democráticas contra el orden posdemocrático para poder establecer una formación hegemónica más democrática. Esto exigirá una transformación profunda de las relaciones de poder existentes y la creación de nuevas prácticas democráticas, pero sostengo que no se requiere una ruptura “revolucionaria” con el régimen democrático liberal. Es indudable que, dentro de la izquierda, habrá quienes planteen que mi propuesta es inviable. Pero creo que la experiencia del thatcherismo nos ha demostrado que en las sociedades europeas es posible producir una transformación del orden hegemónico existente sin necesidad de destruir las instituciones democráticas

liberales.

Aprender del thatcherismo significa comprender que, en la actual coyuntura, el paso decisivo es establecer una frontera política que rompa con el consenso pospolítico entre la centroderecha y la centroizquierda. Si no se define un adversario, será imposible orquestar una ofensiva hegemónica. Sin embargo, este es el paso que los partidos socialdemócratas, convertidos al neoliberalismo, son incapaces de dar. Y esto es así porque consideran que el objetivo de la democracia debe ser alcanzar consensos, y creen que es posible la política sin un adversario.

Una estrategia populista de izquierda tendrá que cuestionar este enfoque, pero las relaciones de fuerza hoy son menos favorables que durante la coyuntura que analizamos en Hegemonía y estrategia socialista. Durante los años de hegemonía neoliberal fueron desmantelados numerosos progresos socialdemócratas. Y nos encontramos en la paradójica situación de tener que defender muchas de las instituciones del Estado de bienestar que en el pasado criticábamos por no ser lo suficientemente radicales.

En la época de la crisis del consenso de posguerra, la socialdemocracia –aunque debilitada por la creciente inflación y la recesión económica– aún no había sido derrotada en el plano ideológico. Y es probable que, de haber sido capaz de diseñar una estrategia hegemónica adecuada, hubiera logrado defender sus conquistas sociales. Muchos de los valores democráticos que constituían elementos centrales del sentido común socialdemócrata continuaban vigentes, y era posible concebir el proyecto de la izquierda en términos de su radicalización. Es obvio que la situación ha cambiado y por lo tanto una “radicalización” del neoliberalismo resulta impensable. Hoy por hoy, antes de pensar en radicalizar la democracia, primero debemos recuperarla.

La actual coyuntura exige una ruptura con la formación hegemónica existente, y esto es algo que los partidos social-liberales no logran entender. Esos partidos se han integrado demasiado a la formación hegemónica neoliberal, y su discurso reformista no les permite trazar una frontera política y visualizar un proyecto alternativo. Por lo tanto, para que puedan ofrecer una solución a la crisis, primero tendrán que atravesar una profunda transformación de su identidad

y de su estrategia.

Desde el colapso del modelo soviético, muchos sectores de la izquierda son incapaces de concebir una alternativa a la visión liberal de la política, más allá de la revolucionaria que ya han descartado. Por supuesto, debemos celebrar su reconocimiento de que el modelo de política "amigo/enemigo" es incompatible con la democracia pluralista y de que la democracia liberal no constituye un enemigo que debe ser destruido. Pero esto los ha llevado a negar por completo la existencia de antagonismos y a aceptar sin cuestionamientos la concepción liberal que reduce la política a una competencia entre élites en un terreno neutral. La incapacidad para concebir una estrategia hegemónica es, en mi opinión, la principal limitación de los partidos socialdemócratas. Esto es lo que les impide pensar la posibilidad de una política adversarial, agonista, orientada al establecimiento de un orden hegemónico diferente dentro del marco democrático liberal.

Por suerte, existen algunas excepciones, como ha quedado demostrado por la evolución del Partido Laborista británico, que, bajo el liderazgo de Jeremy Corbyn, ha comenzado a implementar lo que podríamos denominar una "estrategia populista de izquierda". A diferencia de aquellos sectores del laborismo que quieren mantener el modelo consensual instaurado por Tony Blair, los seguidores de Corbyn y el movimiento Momentum promueven el establecimiento de una frontera política entre el pueblo y el establishment. Es muy revelador que, en la reciente campaña electoral, hayan utilizado el eslogan blairista "Para la mayoría, no para unos pocos"; pero cabe señalar que lo resignificaron de un modo agonista al construir una frontera política entre un "nosotros" y un "ellos".

Al marcar una clara ruptura con la pospolítica de los tiempos de Blair y diseñar un programa radical, el Partido Laborista repolitizado de Corbyn ha logrado recuperar a muchos votantes desilusionados y atraer a muchísimos seguidores jóvenes. Esto evidencia la capacidad del populismo de izquierda para dar un nuevo impulso a la política democrática.

El importante incremento en el número de afiliados al Partido Laborista bajo el liderazgo de Corbyn también indica que, a

diferencia de lo que sostienen algunos cientistas políticos, la "forma" partido no es obsoleta y puede ser reactivada. De hecho, el Partido Laborista, con casi 600.000 afiliados, es hoy el partido de izquierda más numeroso de Europa. Esto indica que la desafección experimentada por los partidos políticos en los últimos años fue resultado de la falta de alternativas ofrecidas a los ciudadanos, característica de la pospolítica, y que esta situación puede revertirse si se les otorga la posibilidad de identificarse con un programa de radicalización de la democracia.

▪

[8] Wolfgang Streeck, "The Crises of Democratic Capitalism", New Left Review, nº 71, septiembre-octubre de 2011, p. 10 [trad. cast.: "Las crisis del capitalismo democrático", New Left Review, nº 71, 2011, p. 10; disponible en <newleftreview.es>].

[9] Samuel Huntington, "The Democratic Distemper", en Nathan Glazer e Irving Kristol (eds.),The American Commonwealth, Nueva York, Basic Books, 1976, p. 37.

[10] Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics, Nueva York - Londres, Verso, 2014, p. 152 [trad. cast.: Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la política democrática, Buenos Aires, FCE, 2004, p. 212].

[11] Stuart Hall, The Hard Road to Renewal, Nueva York - Londres, Verso, 1988, p. 271.

[12] Friedrich Hayek, The Constitution of Liberty, Chicago, University of Chicago Press, 1960, p. 11 [trad. cast.: Los fundamentos de la libertad, Madrid, Unión, 1988, pp. 31-32].

[13] Friedrich Hayek, The Road to Serfdom, Londres, Routledge, 1944, p. 52 [trad. cast.: Camino de servidumbre, Madrid, Alianza, 1946, p. 52].

[14] En español, "impuesto de capitación". Este nuevo tributo obligaba al pago de un importe igual a cada ciudadano, con

independencia de sus ingresos u otras circunstancias sociales o personales, a diferencia de la progresividad y proporcionalidad del sistema anterior. [N. de T.]

[15] Stuart Hall, “The Neoliberal Revolution”, en Sally Davison y Katharine Harris (eds.), The Neoliberal Crisis, Londres, Lawrence & Wishart, 2015, p. 25.

[16] Luc Boltanski y Eve Chiapello, The New Spirit of Capitalism, Londres - Nueva York, Verso, 2005 [trad. cast.: El nuevo espíritu del capitalismo, Madrid, Akal, 2002].

[17] Chantal Mouffe, Agonistics: Thinking the World Politically, Londres - Nueva York, Verso, 2013 [trad. cast.: Agonística. Pensar el mundo políticamente, Buenos Aires, FCE, 2014].

[18] Stuart Hall, The Hard Road to Renewal, Nueva York–Londres, Verso, 1988. “Learning from Thatcherism” es el título de la conclusión, p. 271.

3. Para radicalizar la democracia

¿Qué significa radicalizar la democracia? Esto es algo que debo esclarecer, ya que existen diversas concepciones de democracia radical y han surgido serios malentendidos respecto de la "democracia radical y plural" que defendimos en Hegemonía y estrategia socialista. Algunas personas interpretaron que exigíamos una ruptura total con la democracia liberal y fomentábamos la creación de un régimen completamente nuevo. En realidad, lo que propugnábamos era una "radicalización" de los principios ético-políticos del régimen democrático liberal: "Libertad e igualdad para todos".

Un aspecto importante de este proyecto fue cuestionar la creencia de ciertos sectores de la izquierda de que para avanzar hacia una sociedad más justa era necesario abandonar las instituciones democráticas liberales y construir una nueva politeia: una nueva comunidad política desde cero. Lo que postulábamos era que en las sociedades democráticas es posible realizar importantes progresos a través de un involucramiento crítico con las instituciones existentes.

El problema de las sociedades democráticas modernas, según nuestra visión, era que no ponían en práctica sus principios constitutivos de "libertad e igualdad para todos". El cometido de la izquierda no era descartarlos, sino luchar por su implementación efectiva. Así, la "democracia radical y plural" que defendimos entonces puede concebirse como una radicalización de las instituciones democráticas existentes, de manera que los principios de libertad e igualdad se vuelvan efectivos en un creciente número de relaciones sociales. Esto no requería una ruptura radical de tipo revolucionario, que implicara una refundación total. Podía lograrse de un modo hegemónico, mediante una crítica inmanente que movilizara los recursos simbólicos de la tradición democrática.

A mi entender, una estrategia populista de izquierda puede recurrir

también hoy a la crítica inmanente para cuestionar la posdemocracia y restaurar la importancia central de los valores democráticos de igualdad y soberanía popular. Este tipo de intervención es posible ya que, a pesar de haber sido relegados por el neoliberalismo, los valores democráticos aún desempeñan un rol significativo en el imaginario político de nuestras sociedades. Y además se puede reactivar su sentido crítico para subvertir el orden hegemónico y crear otro diferente. Esto se ve corroborado por el hecho de que diversas resistencias contra la condición posdemocrática se expresan en nombre de la igualdad y la soberanía popular.

Aunque es indudable que la actual regresión social y política ha sido propiciada por las políticas neoliberales, resulta llamativo que la mayoría de las protestas no adopte la forma de un rechazo directo al capitalismo o al neoliberalismo, sino la de una denuncia contra las élites del establishment, a las que se percibe como responsables de haber impuesto, sin consulta popular, políticas que privilegian sus propios intereses.

Por lo tanto, es mediante el lenguaje de la democracia como muchos ciudadanos pueden articular sus protestas. Es significativo, sin duda, que los principales blancos de crítica del "movimiento de las plazas" hayan sido las limitaciones del sistema político y de las instituciones democráticas, y que no hayan reivindicado el "socialismo" sino una "democracia real". Recordemos el lema de los Indignados en España: "Tenemos voto, pero no tenemos voz".

El paso decisivo es, en mi opinión, inscribir la estrategia populista de izquierda en la tradición democrática, ya que esto permite establecer una conexión con aquellos valores políticos que son centrales para las aspiraciones populares. El hecho de que tantas resistencias contra diversas formas de opresión se expresen como demandas democráticas nos muestra el papel crucial que desempeña el significante "democracia" en el imaginario político. Es cierto que a menudo se ha hecho un uso abusivo de este significante, pero no por ello ha perdido su potencial radical. Cuando se lo utiliza de manera crítica, y se enfatiza su dimensión igualitaria, constituye un arma poderosa en la lucha hegemónica por crear un nuevo sentido común. De hecho, Gramsci sugirió este

camino cuando afirmó que “no se trata de introducir ex novo una ciencia de la vida individual de ‘todos’, sino de innovar y tornar ‘crítica’ una actividad ya existente”.[19]

Para entender el papel que desempeña el discurso democrático en la constitución de la subjetividad política, es necesario comprender que las identidades políticas no son una expresión directa de posiciones objetivas en el orden social. Esto demuestra la importancia de un enfoque antiesencialista en el campo de la política. Como afirmamos en Hegemonía y estrategia socialista, no hay nada natural ni inevitable en las luchas contra las relaciones de poder, ni en la forma que adoptarán.

La lucha contra las formas de subordinación no puede ser el resultado directo de la propia situación de subordinación. Para que las relaciones de subordinación se transformen en espacios de antagonismo, se requiere la presencia de un “exterior” discursivo desde el cual interrumpir el discurso de subordinación. Esto es, precisamente, lo que el discurso democrático ha hecho posible. Gracias al discurso democrático, que aporta el léxico político principal en las sociedades occidentales, se pueden cuestionar las relaciones de subordinación.

¿Cuándo fue que los principios de libertad e igualdad se convirtieron en la matriz de un imaginario democrático? La mutación decisiva en el imaginario político de las sociedades occidentales ocurrió en tiempos de lo que Tocqueville denominó la “revolución democrática”. Como ha señalado Claude Lefort, su momento decisivo fue la Revolución francesa con su novedosa afirmación del poder absoluto del pueblo. Esto inició un nuevo modo simbólico de instituciones sociales que rompió con la matriz político-teológica y, con la Declaración de los Derechos del Hombre, proporcionó un vocabulario para cuestionar las diferentes formas de desigualdad como ilegítimas.[20] Tocqueville percibió el carácter subversivo de aquello que denominó la “pasión por la igualdad” cuando escribió:

Sería incomprensible que la igualdad no acabase por penetrar en el mundo político al igual que en lo demás. No se puede concebir que

haya hombres eternamente desiguales en un solo punto e iguales en todos los otros. Acabarán, pues, en un tiempo dado, por ser iguales en todo.[21]

Es indudable que Tocqueville, como aristócrata, no celebraba el advenimiento de esta nueva era, pero estaba resignado a su inevitabilidad. Y lo que predijo se hizo realidad. Desde la crítica a la desigualdad política, esta "pasión por la igualdad" condujo –a través de los diferentes discursos socialistas y las luchas que inspiraron– al cuestionamiento de la desigualdad económica y dio comienzo a un nuevo capítulo en la revolución democrática. Con el desarrollo de los "nuevos movimientos sociales" comenzó otro, el capítulo que hoy vivimos y que se caracteriza por el cuestionamiento de muchas otras formas de desigualdad.

Resulta sorprendente que, después de más de doscientos años, el poder del imaginario democrático continúe vigente y aliente la búsqueda de la igualdad y la libertad en una multiplicidad de nuevos ámbitos. Sin embargo, esto no debería hacernos pensar que estamos ante una evolución lineal e ineluctable hacia una sociedad igualitaria, y así lo demuestran los crímenes perpetrados por Occidente durante los últimos siglos. Por otra parte, como ya indiqué, la libertad y la igualdad nunca se reconcilian del todo, siempre están en tensión. Y, lo que es más importante, sólo existen inscriptas en formaciones hegemónicas diferentes, bajo interpretaciones específicas que pueden cuestionar su sentido.

Una formación hegemónica es una configuración de prácticas sociales de diferente naturaleza –económica, cultural, política, jurídica–, cuya articulación se sostiene en ciertos significantes simbólicos clave que constituyen el "sentido común" y proporcionan el marco normativo de una sociedad dada. El objetivo de la lucha hegemónica consiste en desarticular las prácticas sedimentadas de una formación existente y, mediante la transformación de estas prácticas y la instauración de otras nuevas, establecer los puntos nodales de una nueva formación social hegemónica. Este proceso constituye un paso necesario en la rearticulación de los significantes hegemónicos y su modo de institucionalización. Es evidente que la articulación de la

democracia con la igualdad de derechos, la apropiación popular de los medios de producción y la soberanía popular suscitarán una política muy diferente e inspirarán prácticas socioeconómicas distintas a aquellas surgidas cuando la democracia respondía casi sin restricciones a las premisas del libre mercado, la propiedad privada y el individualismo. Hemos visto que, durante la transición hegemónica hacia el neoliberalismo, Margaret Thatcher logró promover –gracias a su capacidad para desentrañar la articulación socialdemócrata de libertad e igualdad– una nueva interpretación de esos valores, lo que hizo posible la implementación de su proyecto neoliberal.

Para comprender lo que está en juego en la transición de una formación hegemónica a otra, es preciso establecer una distinción metodológica entre dos niveles de análisis: los principios ético-políticos de la politeia democrática liberal, y sus diferentes formas hegemónicas de inscripción. Esta distinción resulta crucial para la política democrática, ya que, al develar la variedad de formaciones hegemónicas compatibles con una forma de sociedad democrática liberal, nos ayuda a visualizar la diferencia entre una transformación hegemónica y una ruptura revolucionaria.

Una sociedad democrática liberal supone la existencia de un orden institucional basado en los principios ético-políticos que constituyen sus principios de legitimidad. Pero esto permite una multiplicidad de formas de articulación e institucionalización de esos principios en formaciones hegemónicas específicas. Lo que está en juego en una transformación hegemónica es la constitución de un nuevo bloque histórico basado en una articulación diferente entre los principios políticos constitutivos del régimen democrático liberal y las prácticas socioeconómicas a través de las cuales son institucionalizados. En el caso de una transición de un orden hegemónico a otro, los principios políticos se mantienen vigentes, pero son interpretados e institucionalizados de un modo diferente. Esto no ocurre en el caso de una “revolución”, entendida como la ruptura total con un régimen político y la adopción de nuevos principios de legitimidad.

La estrategia del populismo de izquierda no aspira a una ruptura radical con la democracia liberal pluralista ni tampoco a la creación

de un orden político totalmente nuevo. Persigue, en cambio, el establecimiento de un nuevo orden hegemónico dentro del marco constitucional democrático liberal. Su objetivo es la construcción de una voluntad colectiva, un "pueblo" que pueda dar lugar a una nueva formación hegemónica que restablezca la articulación entre liberalismo y democracia negada por el neoliberalismo y que otorgue un papel protagónico a los valores democráticos. El proceso de recuperación y radicalización de las instituciones democráticas sin duda incluirá momentos de ruptura y una confrontación con los intereses económicos dominantes, pero no exige abandonar los principios de legitimidad democráticos liberales.

Esta estrategia hegemónica se compromete con las instituciones políticas existentes para poder transformarlas mediante procedimientos democráticos, y por ende rechaza el falso dilema entre reforma y revolución. Por lo tanto, difiere claramente tanto de la estrategia revolucionaria de la "extrema izquierda" como del reformismo estéril de los social-liberales que sólo buscan una mera alternancia en el gobierno. Podría denominarse "reformismo radical" o, siguiendo a Jean Jaurès, "reformismo revolucionario" para indicar la dimensión subversiva de las reformas y el hecho de que persiguen, aunque sea a través de medios democráticos, una transformación profunda en la estructura de las relaciones de poder socioeconómicas.

Dentro del espectro de lo que en líneas generales se entiende por "la izquierda", podrían diferenciarse tres tipos de política. El primero es un "reformismo puro", que acepta tanto los principios de legitimidad de la democracia liberal como la formación social hegemónica neoliberal existente. El segundo es el "reformismo radical", que acepta los principios de legitimidad pero intenta implementar una formación hegemónica diferente. Por último, la "política revolucionaria" busca una ruptura total con el orden sociopolítico existente. Bajo esta tercera categoría encontramos no sólo la política leninista tradicional, sino también otros tipos de política, como la que promueven los anarquistas o los defensores de la "insurrección" que exigen un rechazo total hacia el Estado y las instituciones democráticas liberales.

La naturaleza y el papel del Estado constituyen un punto central de

divergencia entre estas tres formas de política de “izquierda”. Mientras la visión reformista concibe el Estado como una institución neutral cuyo rol es reconciliar los intereses de los diversos grupos sociales y la visión revolucionaria lo percibe como una institución opresiva que debe ser abolida, la perspectiva reformista radical plantea la cuestión del Estado de un modo muy diferente. A partir de Gramsci, concibe el Estado como una cristalización de las relaciones de fuerza y como un campo de lucha. No constituye un medio homogéneo, sino un conjunto irregular de áreas y funciones, integradas sólo en parte por las prácticas hegemónicas que se desarrollan en su interior.

Una de las contribuciones claves de Gramsci a la política hegemónica es su noción del “Estado integral”, que incluía a la sociedad política y a la sociedad civil. Esto no debe entenderse como una “estatización” de la sociedad civil, sino como un indicio del carácter profundamente político de la sociedad civil, que se presenta como el terreno de la lucha por la hegemonía. Según este enfoque, junto con el aparato de gobierno tradicional, el Estado se compone también de una variedad de aparatos y espacios públicos en los que las diferentes fuerzas luchan por la hegemonía.

Concebidos como un ámbito para intervenciones agonistas, estos espacios públicos pueden ofrecer un terreno propicio para el logro de importantes progresos democráticos. Por este motivo, una estrategia hegemónica debería involucrarse con los diversos aparatos del Estado para transformarlos, para hacer del Estado un medio de expresión de las múltiples demandas democráticas. Lo que se plantea no es la “desaparición gradual” del Estado y las instituciones mediante las cuales se organiza el pluralismo, sino una transformación profunda de esas instituciones para ponerlas al servicio de un proceso de radicalización de la democracia. El objetivo no es la toma del poder del Estado sino, en palabras de Gramsci, “devenir Estado”.

¿Cómo debemos entender la política “radical” según esta perspectiva? En cierto sentido, ambas formas de política –la revolucionaria y la hegemónica– podrían denominarse “radicales”, en tanto implican una forma de ruptura con el orden hegemónico existente. Sin embargo, el tipo de ruptura difiere en los dos casos, y

sería inapropiado colocar a ambas bajo el rótulo de “extrema izquierda”, como suele hacerse.

A diferencia de lo que suele afirmarse, la estrategia populista de izquierda no constituye un avatar de la “extrema izquierda”, sino una forma diferente de concebir la ruptura con el neoliberalismo mediante la recuperación y la radicalización de la democracia. La tendencia actual de los defensores del statu quo de calificar a todas las críticas al orden neoliberal como de “extrema izquierda”, y en consecuencia presentarlas como un peligro para la democracia, constituye un intento engañoso por impedir cualquier tipo de cuestionamiento al orden hegemónico existente. Como si las opciones se redujeran a dos: o aceptar la actual formación hegemónica neoliberal como única forma legítima de democracia liberal, o rechazar de plano la democracia liberal.

Es interesante señalar que este dilema existe entre aquellos miembros de la izquierda que afirman que la radicalización de la democracia exige renunciar a la democracia liberal. En muchos casos, este falso dilema proviene de una confusión generalizada entre las instituciones políticas de la democracia liberal y el modo de producción capitalista. Si bien es cierto que esa articulación es la que ha imperado históricamente hasta ahora, cabe recordar que se trata de una articulación contingente.

Pese a que muchos teóricos liberales alegan que el liberalismo político supone necesariamente el liberalismo económico y que una sociedad democrática exige una economía capitalista, está claro que no existe una relación necesaria entre capitalismo y democracia liberal. Por desgracia, el marxismo ha contribuido a generar esta confusión al presentar a la democracia liberal como la superestructura del capitalismo. Y es lamentable que este enfoque economicista aún sea aceptado en ciertos sectores de la izquierda que propugnan la destrucción del Estado liberal. Sólo dentro del marco de los principios constitutivos del Estado liberal –la división de poderes, el sufragio universal, los sistemas multipartidistas y los derechos civiles– será posible promover la gran variedad de demandas democráticas actuales. La lucha contra la posdemocracia no consiste en descartar aquellos principios, sino en defenderlos y radicalizarlos.

Esto no significa aceptar el orden capitalista como el único posible. De hecho, la política de reformismo radical que defiendo, aunque se mantiene dentro del marco político democrático liberal, no está imposibilitada de cuestionar las relaciones capitalistas de producción. Por eso es tan importante distinguir entre liberalismo político y liberalismo económico.

El proceso de radicalización de la democracia incluye necesariamente una dimensión anticapitalista, ya que muchas de las formas de subordinación que deben cuestionarse son el resultado de las relaciones capitalistas de producción. Sin embargo, no hay razones para suponer que la clase obrera tiene a priori un rol privilegiado en la lucha anticapitalista. De hecho, no existen lugares privilegiados a priori en esa lucha. Existen, en cambio, múltiples puntos de antagonismo entre el capitalismo y diversos sectores de la población; y esto significa que si esta lucha se concibe como una expansión de los principios democráticos, habrá una gran diversidad de luchas anticapitalistas. En algunos casos ni siquiera serán percibidas como "anticapitalistas" por las personas involucradas, y muchas se desarrollarán en nombre de la igualdad y serán consideradas como luchas por la democracia.

La gente no lucha contra el "capitalismo" como una entidad abstracta porque cree en una "ley de la historia" que conducirá al socialismo. Las personas se ven motivadas a actuar siempre sobre la base de situaciones concretas. Si luchan por la igualdad es porque sus resistencias a diversas formas de dominación están fundamentadas en valores democráticos, y es alrededor de esos valores, abordando sus aspiraciones y subjetividades concretas –y no en nombre del anticapitalismo–, que pueden ser movilizadas. Incluso ciertos marxistas como David Harvey parecen estar de acuerdo con este enfoque. Harvey escribe: "Es la naturaleza profundamente antidemocrática del neoliberalismo, respaldada por el autoritarismo neoconservador, lo que sin duda debería construir el núcleo de la lucha política".[22]

El error fundamental de la "extrema izquierda" siempre ha sido ignorar este hecho. No se conectan con cómo está la gente, sino con cómo debería estar según sus teorías. En consecuencia, piensan que su papel en este drama es hacerlos tomar conciencia de la "verdad"

de su situación. En vez de designar a los adversarios en formas que permitan identificarlos, utilizan categorías abstractas como "capitalismo", y esto les impide movilizar la dimensión afectiva necesaria para impulsar a la gente a actuar políticamente. De hecho, son insensibles a las demandas reales de la gente. Su retórica anticapitalista no encuentra eco en los grupos cuyos intereses pretenden representar. Por esta razón, siempre se mantienen en posiciones marginales.

El objetivo de una estrategia populista de izquierda es la creación de una mayoría popular que llegue al poder y establezca una hegemonía progresista. No existe un modelo de cómo puede ocurrir esto, ni tampoco un destino final. La cadena de equivalencias mediante la cual será constituido el "pueblo" dependerá de las circunstancias históricas. Su dinámica no puede determinarse por fuera de toda referencia contextual.

Lo mismo se aplica al formato de la nueva hegemonía que esta estrategia busca propiciar. Lo que se plantea no es el establecimiento de un "régimen populista" con un programa predefinido, sino la creación de una formación hegemónica que fomente la recuperación y la profundización de la democracia. Esta hegemonía adoptará diferentes nombres, de acuerdo con las trayectorias específicas implicadas. Podría ser concebida como un "socialismo democrático", un "ecosocialismo", una "democracia asociativa" o una "democracia participativa"; todo dependerá de los contextos y las tradiciones nacionales.

Lo importante, cualquiera sea el nombre que adopte, es la aceptación de la "democracia" como el significante hegemónico en torno al cual se articularán las diversas luchas, y que no se descarte el liberalismo político. Un término apropiado podría ser "socialismo liberal", que Norberto Bobbio emplea para aludir a una formación social que combina las instituciones democráticas liberales con un marco económico con diversas características socialistas.

En varios trabajos en los que examina la articulación entre el socialismo y la democracia liberal y concibe el socialismo como la democratización del Estado y la economía, Bobbio afirma que el socialismo democrático debe ser liberal.[23] Cuando plantea como objetivo del socialismo la profundización de los valores

democráticos liberales, sostiene con firmeza que la concreción de ese objetivo no supone una ruptura con el gobierno constitucional y el Estado de derecho. Así, defiende con fervor la idea de que los objetivos del socialismo pueden alcanzarse dentro del marco de la democracia liberal, e insiste en que podrán concretarse sólo dentro de ese marco.

Concebido de esta manera, el proyecto de radicalización de la democracia comparte ciertas características con la socialdemocracia antes de su conversión al social-liberalismo, pero no se trata de un mero retorno al modelo de compromiso entre capital y trabajo de la posguerra. Ese modelo ya no funcionaría. Además de la necesidad de tomar en cuenta las nuevas demandas democráticas, la defensa del medioambiente es una de las principales razones que imposibilitan el retorno al modelo de posguerra. Dado que promueven el desarrollo del consumo y el crecimiento económico, las soluciones keynesianas son en sí mismas motores de la destrucción del medioambiente. Como propondré en el próximo capítulo, para poder enfrentar el desafío de la crisis ecológica, todo proyecto democrático radical deberá articular las cuestiones ecológicas y sociales. Es preciso concebir una nueva síntesis entre los aspectos claves de las tradiciones democrática y socialista en torno a un nuevo modelo de desarrollo.

Como indiqué al comienzo de este capítulo, existen diversas maneras de concebir una democracia radical y vale la pena examinar sus diferencias y desacuerdos. El principal desacuerdo entre mi definición y algunas otras se relaciona con la cuestión de la democracia representativa, que ciertos teóricos democráticos radicales suelen calificar como un oxímoron. Algunos de ellos sostienen, por ejemplo, que los movimientos de protesta de los que hemos sido testigos en los últimos años indican un rechazo del modelo representativo y una reivindicación de la democracia no representativa, la “democracia in actu”. En Agonística critiqué este enfoque y sostuve que no estábamos ante una crisis de la democracia representativa “per se”, sino ante una crisis de su actual encarnación posdemocrática.[24]

Esta crisis se debe a la ausencia de una confrontación agonista, y su solución no puede residir en el establecimiento de una democracia

“no representativa”. En franca discrepancia con la idea de que las luchas extraparlamentarias son el único medio para lograr avances democráticos, sostuve que, en vez de la estrategia de la deserción y el éxodo planteada por Michael Hardt y Antonio Negri, se requería una estrategia de “involucramiento” con el Estado y las instituciones representativas, para poder transformarlos en profundidad.

Resulta interesante señalar que, en Assembly, Hardt y Negri modifican de manera significativa su postura hacia la estrategia del éxodo. Ahora sostienen que la Multitud no debería seguir el camino del éxodo y la retirada y que no puede eludir la necesidad de tomar el poder, pero insisten en la necesidad de “tomar el poder de un modo diferente”.[25] No queda demasiado claro qué significa esto, y en cualquier caso, los autores no parecen haber abandonado su idea de que la Multitud podría autoorganizarse. Si bien ahora reconocen la importancia del liderazgo, sostienen que este debe limitarse a la toma de decisiones tácticas, mientras que las decisiones estratégicas deben quedar reservadas a la Multitud. En sus propias palabras:

“El liderazgo” siempre debe estar subordinado a la multitud, siendo desplegado y desechado según la ocasión. Si los líderes son aún necesarios y posibles en este contexto, es sólo porque sirven a la multitud productiva. Esto no implica entonces una eliminación del liderazgo, sino una inversión de la relación política que lo constituye, una reversión de la polaridad que vincula los movimientos horizontales al liderazgo vertical.[26]

Hardt y Negri afirman que, gracias a esta inversión, se podría evitar el problema que enfrentan todos los tipos de populismo, tanto de izquierda como de derecha, que “se caracterizan por una paradoja fundamental: la referencia vacía al poder del pueblo, pero el control y la toma de decisión definitivos en manos de un pequeño grupo de políticos”.[27]

Un punto central en la perspectiva de Hardt y Negri es la noción de

lo “común”, que, definido en contraposición a la propiedad tanto privada como pública, es el eje de su enfoque. En este sentido, Assembly es una continuación de sus reflexiones previas en Commonwealth, donde afirman que la producción biopolítica crea las condiciones para una democracia de la multitud, porque produce las formas económicas y políticas de subjetividad que constituyen una expresión de lo “común¨. Dado que el trabajo tiene cada vez más capacidad de generar cooperación sin necesidad de intervención del capital, la producción biopolítica conlleva nuevas capacidades democráticas. De acuerdo con esto, una sociedad establecida sobre el principio de lo “común” ya estaría evolucionando a través de los procesos de informatización y el desarrollo del capitalismo cognitivo.

Más allá del valor de su análisis del proceso productivo, que ha sido criticado desde diversos sectores, lo que encuentro cuestionable en su celebración de lo “común” es la idea de que lo “común” puede constituir el principio central de organización de la sociedad. El problema fundamental de esta celebración de lo “común”, también presente –aunque en diferentes formas– en la obra de muchos otros teóricos, es que, al postular una concepción de multiplicidad exenta de negatividad y antagonismo, imposibilita el reconocimiento de la naturaleza necesariamente hegemónica del orden social. En el caso de Hardt y Negri, su rechazo hacia la representación y la soberanía proviene de una ontología inmanentista en franca contradicción con aquella que inspira mi concepción de una democracia radical.

Podemos encontrar también una crítica a la representación en otra propuesta de radicalización de la democracia. En este caso, varios teóricos presentan la práctica ancestral de designación por sorteo (insaculación) como el remedio a la crisis de representación que afecta a nuestras sociedades democráticas. Ellos sostienen que la democracia representativa fue concebida para excluir al pueblo del poder, y que la única manera de establecer un orden democrático real es abandonar el modelo electoral y sustituirlo por el sorteo.[28]

Este enfoque es erróneo, ya que reduce la representación a las elecciones y no reconoce el papel que esta desempeña en una democracia pluralista. La sociedad está dividida y atravesada por relaciones de poder y por antagonismos, y las instituciones

representativas juegan un papel central porque permiten la institucionalización de esta dimensión conflictual. En una democracia pluralista, por ejemplo, los partidos políticos proporcionan marcos discursivos que permiten a las personas dar sentido al mundo social donde están inscriptas y percibir sus líneas de falla.

Si aceptamos que la conciencia del agente social no es expresión directa de su posición "objetiva" y que siempre se construye en el discurso, resulta evidente que las subjetividades políticas están determinadas por discursos políticos rivales y que los partidos son esenciales para su elaboración. Ellos proveen marcadores simbólicos que permiten que la gente se sitúe en el mundo social y otorgue sentido a las experiencias vividas. Sin embargo, en los últimos años, estos espacios simbólicos han sido ocupados por otros discursos de naturaleza diversa, con consecuencias muy negativas para la sociedad democrática. Como resultado del giro pospolítico, los partidos han perdido su poder de desempeñar un rol simbólico, pero esto no debería llevarnos a la conclusión de que la democracia podría prescindir de ellos. Como afirmé en reiteradas ocasiones, una sociedad democrática pluralista que no conciba el pluralismo en los términos de una armonía antipolítica y en la que se admita la posibilidad siempre presente del antagonismo no puede existir sin representación.

Un pluralismo efectivo supone la presencia de una confrontación agonista entre proyectos hegemónicos. Los sujetos políticos colectivos se crean a través de la representación; no existen de antemano. En vez de intentar resolver la crisis de la democracia recurriendo a un modelo como el sorteo –que no reconoce la naturaleza colectiva del sujeto político y concibe el ejercicio de la democracia sobre la base de puntos de vista individuales–, resulta imperioso restaurar la dinámica agonista que es propia y constitutiva de una democracia vigorosa. Lejos de ser un procedimiento adecuado para establecer una mejor democracia, la selección por sorteo promueve una visión de la política como un terreno donde los individuos, libres de la carga de los vínculos sociales constitutivos, defienden sus opiniones personales.

El problema principal de las instituciones representativas existentes

es que no permiten una confrontación agonista entre diferentes proyectos de sociedad, que es la propia condición de una democracia vigorosa. Es la falta de una confrontación agonista, y no el hecho de la representación, lo que priva de voz a los ciudadanos. La solución no radica en la abolición de la representación, sino en volver más representativas a nuestras instituciones. Este es, sin duda, el objetivo de una estrategia populista de izquierda.

▪

[19] Antonio Gramsci, Prison Notebooks, Londres, Lawrence & Wishart, 1971, p. 330 [trad. cast.: Cartas desde la cárcel, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1975].

[20] Claude Lefort, Democracy and Political Theory, Cambridge, RU, Polity Press, 1988, capítulo 1.

[21] Alexis de Tocqueville, De la démocratie en Amérique, vol. 1, París, Flammarion, 1981, p. 115 [trad. cast.: La democracia en América, vol. 1, Madrid, Alianza, 1980].

[22] David Harvey, A Brief History of Neoliberalism, Nueva York, Oxford University Press, 2005 [trad. cast.: Breve historia del neoliberalismo, Madrid, Akal, 2007].

[23] Véanse, por ejemplo, Norberto Bobbio, The Future of Democracy: A Defence of the Rules of the Game, Londres, Polity Press, 1987 [trad. cast.: El futuro de la democracia, México, FCE, 2001]; y Which Socialism?: Marxism, Socialism and Democracy, Londres, Polity Press, 1987 [trad. cast.: ¿Qué socialismo?, Madrid, Plaza y Janés, 1983].

[24] Chantal Mouffe, Agonistics: Thinking the World Politically, Londres - Nueva York, Verso, 2013, capítulo 6 [trad. cast.: Agonística. Pensar el mundo políticamente, Buenos Aires, FCE, 2014].

[25] Michael Hardt y Antonio Negri, Assembly, Nueva York, Oxford University Press, 2017, p. 288.

[26] Ibíd., p. xv.

[27] Ibíd., p. 23.

[28] Véase, por ejemplo, David van Reybrouck, Against Elections: The Case for Democracy, Londres, Vintage, 2016 [trad. cast.: Contra las elecciones. Cómo salvar la democracia, Barcelona, Taurus, 2017].

4. La construcción de un pueblo

Cuando Ernesto Laclau y yo escribimos Hegemonía y estrategia socialista, el desafío central de la política de izquierda era reconocer las demandas de los "nuevos movimientos" y la necesidad de articularlas con las demandas más tradicionales de los trabajadores. En la actualidad se ha avanzado de manera significativa en el reconocimiento y la legitimación de esos reclamos, y muchos han sido integradas a la agenda de la izquierda. De hecho, podría afirmarse que la situación actual es opuesta a la que criticamos hace treinta años, y que hoy son las demandas de la "clase trabajadora" las más desatendidas.

Otra diferencia entre el momento actual y aquel es que el neoliberalismo es el causante de nuevos antagonismos que, como aquellos surgidos a partir de la destrucción del Estado de bienestar, afectan a numerosos sectores de la población. Algunos de estos antagonismos se deben al fenómeno que David Harvey denomina la "acumulación por desposesión". Harvey se refiere con este término a la centralización de la riqueza y el poder en manos de una minoría mediante una serie de prácticas claves del neoliberalismo, como la privatización y la financierización. Así, destaca lo novedoso de las luchas que esas prácticas generan:

La acumulación por desposesión implica un conjunto muy distinto de prácticas desde la acumulación hasta la expansión del trabajo asalariado en la industria y en la agricultura. Este último proceso, que dominó los procesos de acumulación de capital en las décadas de 1950 y 1960, dio lugar a una cultura opositora (como la que se inscribe en los sindicatos y en los partidos políticos obreros) que produjo el liberalismo embridado. Por otro lado, la desposesión se produce de manera fragmentada y particular: una privatización aquí, un proceso de degradación medioambiental allá, o una crisis

financiera o de endeudamiento acullá.[29]

Desde otra perspectiva teórica, el surgimiento de nuevos antagonismos también es destacado por los expertos que apuntan a los efectos devastadores de las formas biopolíticas neoliberales de gobernabilidad en todos los ámbitos de la vida.

No cabe duda de que, bajo el neoliberalismo, el campo del conflicto se ha ampliado de manera considerable. En cierto sentido, esto significa una oportunidad, ya que el número de afectados por las políticas neoliberales es mucho mayor que el de los usualmente considerados como votantes tradicionales de la izquierda. Por lo tanto, un proyecto de radicalización de la democracia podría atraer a ciertos sectores del electorado que hasta ahora no se han identificado con la izquierda y, merced a una política hegemónica adecuada, podría reclutarse un número mayor de personas para una alternativa progresista. Sin embargo, esto también complica la articulación de las demandas democráticas en una voluntad colectiva, ya que la variedad y heterogeneidad de las demandas es hoy mucho mayor.

El desafío para una estrategia populista de izquierda consiste en reafirmar la importancia de la “cuestión social” y tomar en cuenta no sólo la creciente fragmentación y diversidad de los “trabajadores”, sino también la especificidad de las distintas demandas democráticas. Esto requiere la construcción de “un pueblo” en torno a un proyecto que aborde las diversas formas de subordinación en relación con cuestiones de explotación, dominación o discriminación. También debe hacerse hincapié en una cuestión que ha cobrado especial relevancia en los últimos treinta años y que hoy reviste una importancia crucial: el futuro del planeta.

Es imposible concebir un proyecto de radicalización de la democracia en el que la “cuestión ecológica” no ocupe el centro de la agenda. Por lo tanto, es esencial combinarla con la cuestión social. Sin duda, esto exigirá cambios profundos en nuestro estilo de vida y habrá que superar diversas resistencias. Abandonar el modelo productivista e implementar la necesaria transición

ecológica requerirá una verdadera “reforma intelectual y moral” gramsciana. Desde luego, no será fácil, pero un proyecto ecológico ambicioso y bien diseñado podría ofrecer una visión atractiva de una sociedad democrática futura capaz de seducir a ciertos sectores que hoy pertenecen al bloque hegemónico neoliberal.

A menudo se afirma que la principal brecha que existe en nuestras sociedades es entre los “perdedores” y “ganadores” de la globalización neoliberal, y que sus intereses son irreconciliables. Esa fractura existe, como asimismo existe un antagonismo entre ambos campos que no se puede concebir como una confrontación entre el 99 y el 1%. Sin embargo, creo que entre los sectores que se benefician con el modelo neoliberal, algunos podrían tomar conciencia de los serios peligros que este conlleva para el medioambiente y ser atraídos por un proyecto de sociedad que garantice un futuro humano para su descendencia. Esperemos que el lanzamiento de una lucha contrahegemónica frente al modelo neoliberal en nombre de valores democráticos y ecológicos contribuya a dislocar el bloque histórico sobre el cual descansa y amplíe los alcances de una voluntad colectiva democrática radical.

Soy consciente de que, entre quienes están a favor de radicalizar la democracia, no todos consideran necesario ni deseable articular las diversas luchas en una voluntad colectiva. De hecho, una de las objeciones que suelen formularse a una estrategia populista de izquierda es que integrar las demandas democráticas a la creación de un “pueblo” producirá indefectiblemente un sujeto homogéneo, que niega la pluralidad. Así, cualquier intento en esa dirección debería ser rechazado, porque borraría la especificidad de las diversas luchas. Otra objeción, apenas diferente, es que el populismo concibe desde un principio al “pueblo” como homogéneo, por lo que esta perspectiva resulta incompatible con el pluralismo democrático.

Estas objeciones derivan de la incapacidad para entender que una estrategia populista de izquierda se basa en un enfoque antiesencialista según el cual el “pueblo” no constituye un referente empírico, sino una construcción política discursiva. Por lo tanto, no tiene una existencia previa a su articulación performativa y no puede ser aprehendido mediante categorías sociológicas. Estas

críticas revelan una absoluta falta de comprensión de la operación mediante la cual se construye un pueblo. Como voluntad colectiva creada a través de una cadena de equivalencia, el pueblo no constituye un sujeto homogéneo en el quel todas las diferencias son, de alguna manera, reducidas a la unidad.

No nos enfrentamos, como suele afirmarse, a una "masa" tal como la entendía Gustave Le Bon, en la que toda diferenciación se borra para poder crear un grupo totalmente homogéneo. Nos encontramos, en cambio, dentro de un proceso de articulación que establece una equivalencia entre una multiplicidad de demandas heterogéneas para mantener la diferenciación interna del grupo. Como puntualiza Ernesto Laclau: "Esto significa que cada demanda individual está dividida constitutivamente: por un lado es ella misma en su propia particularidad; por otro lado apunta, a través de vínculos equivalenciales, al conjunto de las otras demandas".[30]

Como Laclau y yo hemos destacado en repetidas ocasiones, una relación de equivalencia no constituye una relación en la cual todas las diferencias colapsan en la identidad, sino una en la cual las diferencias se mantienen activas. Si esas diferencias se eliminaran, eso no constituiría una equivalencia, sino una simple identidad. Es sólo en la medida en que las diferencias democráticas se oponen a las fuerzas o discursos que las niegan a todas que estas diferencias pueden sustituirse entre sí. Es precisamente por esto que la creación de una voluntad colectiva mediante una cadena de equivalencia exige la designación de un adversario. Esto es necesario para trazar la frontera política que separa el "nosotros" del "ellos", lo cual resulta decisivo en la construcción de un "pueblo".

Quisiera destacar que una "cadena de equivalencia" no es una simple coalición de sujetos políticos existentes. Tampoco estamos ante una situación en la cual un pueblo ya constituido se enfrenta a un adversario preexistente. El pueblo y la frontera política que define su adversario se construyen mediante la lucha política, y siempre son susceptibles de rearticulación a través de intervenciones contrahegemónicas. Las demandas democráticas que la estrategia populista de izquierda pretende articular son heterogéneas, y por esta razón deben articularse en una cadena de equivalencia.

Este proceso de articulación resulta crucial, ya que las demandas particulares adquieren significación política mediante su inscripción en esta cadena. Lo importante no es tanto de dónde provienen las demandas, sino cómo se articulan con otras. Como demuestra el ejemplo del populismo de derecha, las demandas de democracia pueden articularse a través de un vocabulario xenófobo y no adquieren automáticamente un carácter progresista. Sólo cuando entran en equivalencia con otras demandas democráticas, como las de los inmigrantes o las feministas, adquieren una dimensión democrática radical. Lo mismo ocurre con las demandas procedentes de mujeres, inmigrantes u otros grupos discriminados.

Nunca deberíamos dar por sentado que existen luchas inherentemente emancipadoras que no pueden ser orientadas hacia fines opuestos. El actual desarrollo de formas de ecología con características antidemocráticas debería entenderse como una advertencia de que el rechazo al modelo neoliberal no garantiza un avance democrático. En el caso de la ecología, como en otros ámbitos, la cuestión de la articulación es decisiva y por eso resulta esencial establecer un vínculo entre cuestiones ecológicas y cuestiones sociales en torno a la identificación con un proyecto de radicalización de la democracia.

¿Cómo es posible concebir una identificación con la democracia radical de un modo congruente con mi anterior afirmación de que la cadena de equivalencia no produce un sujeto homogéneo? Para abordar esta cuestión de manera adecuada debemos concebir el agente social como construido dentro de discursos específicos que corresponden a la multiplicidad de relaciones sociales en las que está inscripto. Entre esas relaciones sociales hay una que corresponde a la inserción del agente social en una comunidad política: es decir, a su posición como “ciudadano”.

Es en su condición de ciudadano que un agente social interviene a nivel de la comunidad política. Aun cuando sea una categoría central en una democracia liberal pluralista, la ciudadanía puede entenderse de diversas maneras que a su vez condicionan concepciones muy diferentes de la política. El liberalismo concibe la ciudadanía como un mero estatus legal y percibe al ciudadano como un individuo poseedor de derechos, libre de toda identificación con

un “nosotros”. No obstante, la tradición democrática concibe la ciudadanía como un involucramiento activo en la comunidad política, como un actuar como parte de un “nosotros”, conforme a cierta concepción del interés general. Por este motivo, el fomento de una concepción democrática radical de la ciudadanía es un elemento clave para la lucha contra la posdemocracia.

Para desarrollar esa concepción, podríamos inspirarnos en la tradición cívica republicana, que pone énfasis en la participación activa en la comunidad política. Si se lo reformula de modo tal que haga lugar al pluralismo, el republicanismo cívico –en su versión “plebeya”, inspirada en Maquiavelo– puede contribuir a reafirmar la importancia de la acción colectiva y el valor de la esfera pública, sometidos a un ataque permanente durante los años de hegemonía neoliberal.

La visión liberal y la visión democrática siempre han estado en tensión, pero durante el período del Estado de bienestar keynesiano las prácticas socialdemócratas mantuvieron bajo control el individualismo liberal. En líneas generales, prevaleció el sentido común socialdemócrata, hasta que fue socavado por la ofensiva neoliberal. Ya hemos visto cómo, bajo el thatcherismo, el ciudadano fue reemplazado por el “contribuyente”, la idea política de libertad fue articulada con la idea económica del libre mercado, y la democracia quedó reducida a los procedimientos electorales. Una batalla crucial en la lucha contrahegemónica contra la hegemonía neoliberal consiste en resignificar lo “público” como un ámbito donde los ciudadanos pueden tener voz y ejercer sus derechos, desplazando a la concepción individualista y hoy dominante del ciudadano como “consumidor”, que constituye el eje de la visión posdemocrática.

En El retorno de lo político,[31] propuse una concepción de la ciudadanía como una “gramática de la conducta”, gobernada por los principios ético-políticos de la politeia democrática liberal: libertad e igualdad para todos. Si bien estos principios pueden interpretarse de diferentes maneras, existen varias formas en las que cada uno de nosotros puede identificarse y actuar como un ciudadano democrático. La concepción socialdemócrata de la ciudadanía, por ejemplo, privilegia la lucha por los derechos

sociales y económicos, mientras que la interpretación democrática radical destaca las otras numerosas relaciones sociales en las cuales existen relaciones de dominación que es necesario cuestionar para poder implementar los principios de libertad e igualdad. La concepción democrática radical de la ciudadanía –entendida como aquello que proporciona la identificación común de personas involucradas en diversas luchas democráticas– podría constituir el locus para la construcción de un "pueblo" mediante una cadena de equivalencia. La identificación como ciudadanos cuyo objetivo político es la radicalización de la democracia uniría a los agentes sociales, quienes podrían estar involucrados en numerosos proyectos diferentes pero cuya "gramática de conducta", al actuar en calidad de ciudadanos, estaría gobernada por la extensión de los principios ético-políticos de libertad e igualdad a una amplia gama de relaciones sociales.

Además de las cuestiones relativas al agente social como individuo inscripto en relaciones sociales específicas –en las que tienen lugar luchas interseccionales por la libertad y la igualdad–, existen otras que deben actuar conjuntamente para transformar el Estado, lo cual resulta esencial para la formulación de un proyecto democrático radical. Muchos de los objetivos igualitarios que persigue, por ejemplo en el ámbito de la educación, sólo pueden alcanzarse mediante la intervención del Estado. Esta intervención no debería pensarse de una manera burocrática o autoritaria, y el papel del Estado debería ser brindar las condiciones necesarias para que los ciudadanos se hagan cargo de los servicios públicos y los organicen de una manera democrática.

El hecho de concebir la ciudadanía como una "gramática de la conducta" política indica que es posible ser parte de un "pueblo" identificado con un proyecto democrático radical, y al mismo tiempo estar inscripto en una pluralidad de otras relaciones sociales con sus "subjetividades" específicas. Actuar como ciudadano a nivel político para radicalizar la democracia no significa descartar otras formas de identificación, y es perfectamente compatible con la participación en luchas democráticas de una naturaleza más específica. De hecho, la ciudadanía democrática radical fomenta la pluralidad de tipos de participación. Por este motivo, la estrategia populista de izquierda requiere la articulación entre intervenciones

a nivel “vertical” y “horizontal”, tanto dentro de las instituciones representativas como en diversas asociaciones y movimientos sociales. También busca crear una sinergia entre las diversas prácticas que se desarrollan allí donde se cuestionan diferentes formas de dominación y aquellas que experimentan con nuevas formas de vida igualitaria.

Así, por ejemplo, los involucrados en calidad de ciudadanos en el proyecto político de Podemos o La France Insoumise intervendrán en diversas instituciones representativas, y asimismo participarán en una variedad de prácticas y luchas democráticas enfocadas en cuestiones más específicas. Formar parte de un “nosotros” de ciudadanos democráticos radicales no impide participar en una variedad de otros “nosotros”.

Sin embargo, debemos aclarar un punto. La ampliación del campo de ejercicio de la ciudadanía que propongo no implica que todas las decisiones democráticas deban ser tomadas por los agentes sociales en su calidad de ciudadanos. Es importante establecer una distinción entre aquellas cuestiones que los afectan en tanto miembros de una comunidad política y aquellas vinculadas con otras relaciones sociales y que afectan a comunidades particulares. De lo contrario, podríamos caer en una visión totalizante, negadora del pluralismo que resulta vital para una concepción democrática radical que respete el valor de la libertad.

La concepción democrática radical de ciudadanía que propongo está estrechamente ligada a la política reformista radical de involucramiento con las instituciones que defendí antes. Concibe el Estado como un escenario importante para la política democrática, ya que es el espacio donde los ciudadanos pueden tomar decisiones sobre la organización de la comunidad política. De hecho, es el sitio donde se puede ejercer la soberanía popular. Sin embargo, esto supone que existen condiciones para una confrontación agonista, y por este motivo resulta indispensable romper con el consenso pospolítico neoliberal.

A diferencia de lo que pretenden los liberales, el Estado no es un terreno neutral. Siempre se estructura de manera hegemónica y constituye un espacio significativo para la lucha contrahegemónica. Sin embargo, no es el único sitio de intervención, y la oposición

entre partidos y movimientos, o entre luchas parlamentarias y extraparlamentarias, debería ser rechazada. Según un modelo agonista de democracia, existe una multiplicidad de espacios públicos agonistas en los que se debería intervenir para radicalizar la democracia. El espacio político tradicional del parlamento no es el único donde se toman decisiones políticas y, aunque las instituciones representativas deberían mantener –o recuperar– un rol decisivo, se necesitan nuevas formas de participación democrática para radicalizar la democracia.

En el capítulo anterior manifesté mi oposición a una concepción puramente horizontalista de la democracia radical, pero esto no significa que esté a favor de la democracia representativa tal como la conocemos hoy. El proyecto de radicalización de la democracia que propongo concibe una combinación de diferentes formas de participación democrática, que dependerá de los espacios y las relaciones sociales donde deban implementarse la libertad y la igualdad. Podría pensarse una articulación de diversas formas de representación y modos de elegir a los representantes. En algunos casos podrían utilizarse las formas directas de democracia, y en otros habría que implementar una variedad de formas participativas. Aunque soy crítica de la democracia directa o el sorteo cuando se los concibe como modo exclusivo de toma de decisiones políticas, no pondría objeciones a su utilización en casos específicos, siempre en conjunto con las instituciones representativas. De hecho, existen diversas maneras de fortalecer la democracia representativa y volverla más responsable. En lo atinente a la idea –tan en boga– de "lo común", si bien la considero inapropiada como principio general de organización de la sociedad, pienso que en algunos ámbitos las prácticas de "puesta en común" pueden desempeñar un papel importante en la lucha contra los procesos de privatización de bienes que, como el agua, deberían ser reconocidos como "bienes comunes". En la medida en que el modelo político sugerido reconoce que la sociedad está dividida y que todo orden se estructura de manera hegemónica, es factible imaginar diversas configuraciones de los procedimientos democráticos.

Quisiera añadir a la reflexión anterior en torno a la ciudadanía que la operación hegemónica de construcción de un pueblo requiere un

principio articulador para poder conectar en una cadena de equivalencia las múltiples demandas democráticas que conforman la voluntad colectiva. Este principio articulador variará según las diferentes coyunturas y puede ser provisto ya por una demanda democrática específica que deviene símbolo de la lucha común por la radicalización de la democracia, ya por la figura de un líder.

El papel del líder en la estrategia populista siempre ha sido objeto de críticas, y por esta razón esos movimientos suelen ser acusados de autoritarios. Muchos piensan que el liderazgo carismático es muy peligroso, y no caben dudas de que puede tener efectos negativos. Pero más allá del hecho de que es muy difícil encontrar ejemplos de movimientos políticos importantes sin líderes prominentes, no hay ningún motivo para equiparar el liderazgo fuerte con el autoritarismo. Todo dependerá del tipo de relación que se establezca entre el líder y el pueblo. En el populismo de derecha, es una relación muy autoritaria, en la que todo proviene de arriba sin una participación real de las bases.

Pero el líder puede concebirse como un primus inter pares y también es posible establecer un tipo de relación diferente, menos vertical, entre el líder y el pueblo. Además, como argumentaré más adelante, es imposible construir una voluntad colectiva sin alguna forma de cristalización de los afectos comunes, y cabe señalar que los lazos afectivos con un líder carismático pueden desempeñar un papel importante en este proceso.

Otra crítica que suele hacerse a la estrategia populista de izquierda es el rol que le atribuye a la dimensión nacional. Esto plantea una serie de cuestiones –como por ejemplo la adhesión a la Unión Europea– que superan los alcances de este libro, que no aborda políticas específicas, sino sólo el tipo de estrategia apropiado –en la actual coyuntura– para crear una voluntad colectiva que busque una transformación hegemónica. Una vez que se produzca esa transformación, se darán las condiciones necesarias para el desarrollo de un debate agonista en torno a las políticas más adecuadas para radicalizar la democracia; por lo tanto, las repuestas no pueden darse de antemano.

Lo que quisiera destacar es que la lucha hegemónica para recuperar la democracia debe comenzar a nivel del Estado nacional, que, a

pesar de haber perdido muchas de sus prerrogativas, continúa siendo uno de los espacios claves para el ejercicio de la democracia y la soberanía popular. Es a nivel nacional donde debe plantearse en primer lugar la cuestión de la radicalización de la democracia. Es allí donde debería construirse una voluntad colectiva que apunte a resistir los efectos posdemocráticos de la globalización neoliberal. La colaboración con movimientos similares en otros países sólo será productiva cuando esta voluntad colectiva se haya consolidado. Es evidente que la lucha contra el neoliberalismo no puede ganarse sólo a nivel nacional, y sabemos que será necesario establecer una alianza a nivel europeo. Pero una estrategia populista de izquierda no puede ignorar la fuerte investidura libidinal que interviene en las formas nacionales –o regionales– de identificación, y sería muy riesgoso dejar ese terreno en manos del populismo de derecha. Esto no significa seguir su ejemplo y promover formas cerradas y defensivas de nacionalismo, sino ofrecer otra salida a esos afectos y movilizarlos hacia una identificación patriota con los aspectos mejores y más igualitarios de la tradición nacional.

Ahora debemos plantear una cuestión que considero crucial para concebir la construcción de un "pueblo": el rol decisivo que desempeñan los afectos en la constitución de las identidades políticas. La falta de comprensión de la dimensión afectiva en los procesos de identificación es, desde mi perspectiva, una de las razones principales por las cuales la izquierda, encerrada en un marco racionalista, es incapaz de aprehender la dinámica de la política. Sin duda, este racionalismo es la causa de la obstinada negativa de tantos teóricos de izquierda a aceptar las enseñanzas del psicoanálisis.

Esto constituye un grave error, ya que la crítica de Freud sobre la idea del carácter unificado del sujeto –y su afirmación de que la mente humana está sujeta a la división entre dos sistemas, uno de los cuales no es ni puede ser consciente– resulta de vital importancia para la política. Freud señala que, lejos de estar organizada en torno a la transparencia de un ego, la personalidad se estructura sobre una serie de niveles que yacen por fuera de la conciencia y la racionalidad de los agentes. Por lo tanto, nos obliga a abandonar uno de los postulados clave de la filosofía racionalista –la categoría del sujeto como entidad racional, transparente, capaz

de conferir un sentido homogéneo a la totalidad de su conducta– y aceptar que los "individuos" son meras entidades referenciales, resultado de la articulación entre posiciones subjetivas localizadas. La afirmación del psicoanálisis de que no existen identidades esenciales sino solamente formas de identificación, es un elemento central del enfoque antiesencialista que postula que la historia del sujeto es la historia de sus identificaciones y que no hay una identidad oculta que debe ser rescatada.

Basado en Freud, este enfoque reconoce que una dimensión importante de la política es la construcción de las identidades políticas, y que esto siempre implica una dimensión afectiva. En Group Psychology and the Analysis of the Ego, Freud destacó el papel decisivo que desempeñan los lazos afectivos libidinales en los procesos de identificación colectiva: "La masa se mantiene cohesionada en virtud de algún tipo de poder. ¿Y a qué poder podría adscribirse ese logro más que al Eros, que lo cohesiona todo en este mundo?".[32]

El reconocimiento del papel que desempeña esta energía libidinal y del hecho de que es maleable y puede ser orientada en diversas direcciones para producir diferentes afectos es fundamental para comprender cómo funciona la operación hegemónica. Para promover una voluntad colectiva orientada a la radicalización de la democracia es necesario movilizar la energía afectiva mediante la inscripción en prácticas discursivas que generen identificación con una visión democrática igualitaria. Permítanme recordarles que por "práctica discursiva" no aludo a una práctica relacionada con el lenguaje o con la escritura de manera exclusiva, sino a prácticas significativas en las cuales el significado y la acción, los componentes lingüísticos y los afectivos, no pueden separarse. Los agentes sociales adquieren formas de subjetividad insertándose en prácticas discursivas/afectivas significativas que involucran palabras, afectos y acciones.

Para concebir esas inscripciones discursivas/afectivas podemos recurrir a las reflexiones en Spinoza, cuya noción de conatus tiene similitudes con la "libido" de Freud. Al igual que Freud, Spinoza considera que es el deseo lo que lleva a los seres humanos a la acción, y además observa que lo que los hace actuar en una

dirección y no en otra son los afectos. En una reflexión sobre los afectos, Spinoza establece una distinción entre la afección (affectio) y el afecto (affectus).[33] Una "afección" es un estado de un cuerpo en la medida en que está sujeto a la acción de otro cuerpo. Cuando es afectado por algo externo, el conatus (el esfuerzo general por perseverar en nuestro ser) experimenta afectos que lo impulsan a desear algo y actuar en consecuencia.

Sugiero utilizar esta dinámica de affectio/affectus para examinar el proceso de formación de las identidades políticas, concibiendo las "afecciones" como aquellas prácticas en que lo discursivo y lo afectivo se articulan y producen formas específicas de identificación. Entendidas como la cristalización de los afectos, esas identificaciones resultan cruciales para la política, ya que son el motor para la acción.

El enfoque hegemónico ha sido criticado por algunos teóricos del "giro afectivo", quienes afirman que sólo toma en cuenta la dimensión discursiva. Para rechazar esta crítica, Yannis Stavrakakis ha demostrado que los equivocados son aquellos que defienden un enfoque "poshegemónico", ya que al separar lo discursivo de lo afectivo pasan por alto su interimplicancia constitutiva.[34] Por el contrario, la teoría discursiva de la hegemonía reconoce esas interimplicancias cuando afirma que "algo perteneciente al orden de los afectos tiene un rol primordial en la construcción discursiva de lo social".[35]

Algunos promotores del "giro afectivo" aducen que su idea del afecto se basa en el pensamiento de Spinoza, pero hay buenas razones para cuestionar esa genealogía. Me parece mucho más convincente la interpretación de Frédéric Lordon, que en su lectura del papel de los afectos en Spinoza destaca que para él la política es un ars effectandi, y que está relacionado con la producción de ideas que tienen el poder de afectar (idées affectantes).[36] Al cuestionar el privilegio otorgado por el marxismo a las determinaciones materiales y la problemática antinomia que establece entre la materia y las ideas, Lordon señala que Spinoza permite trascender esto mediante la noción de "afección", que es resultado tanto de las ideas como de las determinaciones materiales. Cuando las ideas y los afectos confluyen, las ideas adquieren poder.

Para concebir las prácticas discursivas/afectivas también podemos inspirarnos en Wittgenstein, quien nos enseñó que los agentes sociales conforman determinadas creencias y deseos y adquieren su subjetividad a través de su inscripción en "juegos de lenguaje" (lo que denominamos prácticas discursivas). De acuerdo con este enfoque, podemos entender la adhesión a la democracia no como una decisión basada en la racionalidad, sino como la participación en formas de vida específicas. Como ha señalado Richard Rorty en repetidas ocasiones, la perspectiva wittgensteiniana nos hace tomar conciencia de que la adhesión a la democracia y la creencia en el valor de sus instituciones no depende de otorgar a la democracia un fundamento intelectual.

La adhesión a los valores democráticos es una cuestión de identificación. No se genera a través de la argumentación racional, sino a través de un conjunto de juegos de lenguaje que construyen formas democráticas de individualidad. Wittgenstein reconoce con claridad la dimensión afectiva de los diferentes modos de adhesión cuando vincula la creencia religiosa con un "compromiso apasionado a un sistema de referencia".[37] Si reunimos a Spinoza, Freud y Wittgenstein, entenderemos la inscripción en prácticas discursivas como aquello que proporciona las afecciones que, según Spinoza, originan los afectos que estimulan el deseo y conducen a la acción específica. De esta manera, se reconoce que los afectos y el deseo desempeñan un papel central en la constitución de las formas colectivas de identificación.

Reconocer el papel crucial que desempeñan los afectos en la política y cómo pueden ser movilizados es decisivo para diseñar una estrategia populista de izquierda exitosa. Esa estrategia debería seguir el enfoque de Gramsci, cuando llama a "una adhesión orgánica en la cual el sentimiento-pasión deviene comprensión". Trabajando a partir del "sentido común", debería dirigirse al pueblo para alcanzar alguna resonancia con sus afectos. Esa estrategia tiene que ser congruente con los valores y las identidades de aquellos a quienes pretende interpelar, y tiene que conectar con los aspectos de la experiencia popular. Para hacerse eco de los problemas que las personas afrontan en su vida diaria, debe comenzar por el lugar donde están situadas y cómo se sienten, y ofrecerles una visión de futuro que les brinde esperanza, en vez de anquilosarse en el

registro de la denuncia.

Una estrategia populista de izquierda persigue la cristalización de una voluntad colectiva sostenida por afectos comunes que aspiran a un orden más democrático. Esto exige la creación de un régimen diferente de deseos y afectos mediante la inscripción en prácticas discursivas/afectivas que generen nuevas formas de identificación. Estas prácticas discursivas/afectivas son de naturaleza diversa, pero el campo cultural, como el artístico, constituyen ámbitos muy importantes para la constitución de formas diferentes de subjetividad.

Aquí, una vez más, Gramsci constituye una guía indispensable, ya que nos ha señalado la importancia decisiva del ámbito cultural en la formación y difusión del "sentido común" que determina una definición específica de la realidad. Entender el "sentido común" como el resultado de una articulación discursiva nos permite comprender cómo puede ser transformado mediante intervenciones contrahegemónicas. En Agonística, al destacar el papel determinante que desempeñan las prácticas artísticas y culturales en la lucha hegemónica, argumenté que, si las prácticas artísticas pueden desempeñar un papel decisivo en la construcción de nuevas formas de subjetividad, se debe a que, mediante la utilización de recursos que inducen respuestas emocionales, logran llegar a los seres humanos en el nivel afectivo.[38] De hecho, es aquí donde reside el gran poder del arte, en su capacidad para hacernos ver las cosas de una manera diferente, para hacernos percibir nuevas posibilidades.

Por eso las prácticas artísticas y culturales desempeñan un papel central en la estrategia populista de izquierda. Para mantener su hegemonía, el sistema neoliberal necesita movilizar de manera constante los deseos de las personas y moldear sus identidades. La construcción de un "pueblo" apto para crear una hegemonía diferente requiere promover una multiplicidad de prácticas discursivas/afectivas que debiliten los afectos comunes que sostienen la hegemonía neoliberal y generen las condiciones necesarias para la radicalización de la democracia. Reconocer la importancia de propiciar afectos comunes es esencial para la estrategia populista de izquierda ya que, como destacó Spinoza, un

afecto sólo puede ser desplazado por un afecto opuesto, más fuerte que el que se busca reprimir.

▪

[29] David Harvey, A Brief History of Neoliberalism, Nueva York, Oxford University Press, 2005, p. 178 [trad. cast.: Breve historia del neoliberalismo, Madrid, Akal, 2007].

[30] Ernesto Laclau, “Populism: What’s in a Name?”, en Francisco Panizza (ed.), Populism and the Mirror of Democracy, Nueva York - Londres, Verso, 2005, p. 37 [trad. cast.: “Populismo: ¿qué nos dice el nombre?”, en Francisco Panizza (comp.), El populismo como espejo de la democracia, Buenos Aires, FCE, 2009, p. 57].

[31] Chantal Mouffe, The Return of the Political, Nueva York - Londres, Verso, 1993 (ed. rev., 2005), capítulo 4 [trad. cast.: El retorno de lo político, Barcelona, Paidós, 1999].

[32] Sigmund Freud, Group Psychology and the Analysis of the Ego, en The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud, vol. XVIII, Londres, Vintage, 2001, p. 92 [trad. cast.: Psicología de las masas y análisis del yo, en Obras completas, vol. 18, Buenos Aires, Amorrortu, 1989, p. 88].

[33] Benedictus de Spinoza, Ethics, Nueva York, Penguin, 1994, parte 3 [trad. cast.: Ética, Madrid, Alianza, 2007].

[34] Yannis Stavrakakis, “Hegemony or Post-hegemony? Discourse, Representation and the Revenge(s) of the Real”, en Alexandros Kioupkiolis y Giorgos Katsambekis (eds.), Radical Democracy and Collective Movements Today: The Biopolitics of the Multitude Versus the Hegemony of the People, Nueva York, Ashgate, 2014.

[35] Ernesto Laclau, “Glimpsing the Future: A Reply”, en Simon Critchley y Oliver Marchart (eds.), Laclau: A Critical Reader, Nueva York, Routledge, 2004, p. 326 [trad. cast.: “Atisbando el futuro”, en Critchley Simon y Oliver Marchart (comps.), Laclau: Aproximaciones críticas a su obra, Buenos Aires, FCE, 2008].

[36] Frédéric Lordon, Les affects de la politique, París, Seuil, 2016, p. 57.

[37] Ludwig Wittgenstein, Culture and Value, Chicago, University of Chicago Press, 1984, p. 64 [trad. cast.: Cultura y valor, Madrid, Espasa Calpe, 1995].

[38] Chantal Mouffe, Agonistics: Thinking the World Politically, Londres - Nueva York, Verso, 2013, capítulo 5 [trad. cast.: Agonística. Pensar el mundo políticamente, Buenos Aires, FCE, 2014, p. 103].

Conclusión

Al analizar la coyuntura actual en Europa Occidental, postulé que estamos atravesando un "momento populista". Esto constituye la expresión de las resistencias contra la condición posdemocrática generada como resultado de treinta años de hegemonía neoliberal. Hoy esta hegemonía ha entrado en crisis, lo cual ofrece una inmejorable oportunidad para establecer una nueva formación hegemónica. Esta nueva formación hegemónica podrá ser más autoritaria o más democrática, según cómo se articulen esas resistencias y el tipo de política utilizada para desafiar al neoliberalismo.

Todo dependerá del registro discursivo y afectivo que asignará sentido a las diversas demandas democráticas que caracterizan a este "momento populista". La posibilidad de implementar prácticas contrahegemónicas para poner fin al consenso pospolítico exige la construcción de una frontera política. De conformidad con la estrategia populista de izquierda, esta frontera debería construirse de un modo "populista", oponiendo el "pueblo" a la "oligarquía", una confrontación en la que el "pueblo" se constituye mediante la articulación de una variedad de demandas democráticas. Este "pueblo" no debe entenderse como un referente empírico o una categoría sociológica. Es una construcción discursiva, resultado de una "cadena de equivalencia" entre demandas heterogéneas, cuya unidad está asegurada por la identificación con una concepción democrática radical de ciudadanía y una oposición común a la oligarquía –es decir, a las fuerzas que impiden estructuralmente la realización del proyecto democrático–.

He subrayado el hecho de que el objetivo de la estrategia populista de izquierda no es establecer un "régimen populista", sino construir un sujeto colectivo capaz de lanzar una ofensiva política para establecer una nueva formación hegemónica dentro del marco democrático liberal. Esta nueva formación hegemónica debería

crear las condiciones necesarias para la recuperación y la profundización de la democracia, pero debemos recordar que este proceso seguirá diferentes modelos según los diversos contextos nacionales.

Lo que propongo es una estrategia específica de construcción de la frontera política, y no un programa político por completo desarrollado. Los partidos o movimientos que adopten una estrategia populista de izquierda pueden seguir diversas trayectorias; habrá diferencias entre ellos y no necesitan identificarse con ese nombre. Es en el nivel analítico donde podemos calificarlos como "populistas de izquierda".

Es muy probable que esta estrategia populista de izquierda sea denunciada por aquellos sectores de la izquierda que insisten en reducir la política a la contradicción entre capital y trabajo y que atribuyen un privilegio ontológico a la clase obrera, a la que presentan como el único vehículo hacia la revolución socialista. Sin duda percibirán esta propuesta como una rendición a la "ideología burguesa". No tiene ningún sentido responder a esas críticas, que proceden de la concepción de la política contra la que dirijo mis argumentos.

Pero existen otras objeciones que vale la pena tomar en cuenta. Dada la connotación tan negativa del término "populismo" en Europa Occidental, diversos sectores dudan de la conveniencia de utilizarlo para designar un tipo de política que sería aceptada con más facilidad bajo otro nombre. ¿Por qué denominarla populista? ¿Qué ventajas se obtienen con esto? Quisiera señalar que esta connotación negativa es específica del contexto europeo y que, como ya indiqué antes, responde al intento de los defensores del statu quo de descalificar a todas las fuerzas que cuestionan su afirmación de que no existe ninguna alternativa a la globalización neoliberal. Este rótulo de tintes peyorativos sirve para presentar a todos esos movimientos como un peligro para la democracia. No obstante, en otros contextos los "movimientos populistas" fueron percibidos de modo positivo, como el Partido del Pueblo surgido en los Estados Unidos en 1891, que –como explicó Michael Kazin en The Populist Persuasion–[39] defendía políticas progresistas orientadas al fortalecimiento de la democracia. El Partido del

Pueblo no duró mucho, es cierto, pero las políticas que reivindicaba fueron adoptadas por los liberales y ejercieron una fuerte influencia sobre el New Deal.

Pese al posterior surgimiento de una importante corriente de populismo de derecha en los Estados Unidos, el término se ha mantenido abierto a usos positivos, como podemos apreciar en el amplio reconocimiento a la política de Bernie Sanders, cuya estrategia es, sin duda, populista de izquierda.

Una vez concedido que el populismo puede proporcionar una estrategia política para fortalecer la democracia, podemos comenzar a vislumbrar la importancia que reviste la resignificación de este término de un modo positivo en la actual coyuntura de Europa Occidental, con el objetivo de utilizarlo para designar la nueva forma de política contrahegemónica contra el orden neoliberal. En este momento posdemocrático, cuando la recuperación y la radicalización de la democracia forman parte de la agenda, el populismo, al enfatizar el demos como dimensión esencial de la democracia, es particularmente adecuado para calificar a la lógica política adaptada a la coyuntura. Entendido como una estrategia política que destaca la necesidad de trazar una frontera política entre el pueblo y la oligarquía, cuestiona la visión pospolítica que identifica democracia con consenso. Además, al referirse a la construcción de una voluntad colectiva entendida como una articulación de demandas democráticas, reconoce la necesidad de tomar en cuenta una diversidad de luchas heterogéneas, en vez de concebir el sujeto político colectivo exclusivamente en términos de "clase".

Otro aspecto decisivo de la estrategia populista es su reconocimiento del rol que desempeña la dimensión afectiva en las formas políticas de identificación y la importancia de la movilización de los afectos comunes, un aspecto por lo general ausente en las formas tradicionales de la política de izquierda. Por todos estos motivos, es esencial adoptar una estrategia "populista" en la lucha por establecer una nueva formación hegemónica.

Pero ¿por qué denominarlo populismo "de izquierda"? La pregunta fue planteada por diversas personas que coinciden en la necesidad de promover una estrategia populista que apunte a la radicalización

de la democracia, pero cuestionan la conveniencia de calificarla como “de izquierda”. Algunos proponen hablar de populismo “democrático”, otros de populismo “progresista” o de populismo “humanista”. En general, se exponen dos motivos para rechazar el uso del término populismo “de izquierda”. El primero es que, con la conversión al neoliberalismo de los partidos socialdemócratas –a menudo identificados con “la izquierda”–, el significante “izquierda” ha quedado desacreditado y perdido toda connotación progresista. Y como no quieren ser identificados con el otro tipo de izquierda –el que afirma representar a la “verdadera” izquierda–, los defensores de la estrategia populista prefieren descartar ese rótulo. Comparto la preocupación de quienes desean destacar lo distintivo de la estrategia populista respecto de los dos significados corrientes de “izquierda”, pero creo que hablar de populismo de izquierda resulta suficiente para distinguirlo de la interpretación usual del término.

También se aduce otro motivo para abandonar el término: que no refleja el carácter transversal de la estrategia populista. Se afirma que, en general, la “izquierda” expresa los intereses de sectores socioeconómicos específicos y desatiende demandas que, de acuerdo con la estrategia populista, deberían incluirse en la construcción de la voluntad colectiva. Esta objeción, a mi entender, es más sustancial. En realidad, cuando se la concibe desde una perspectiva sociológica como representante de los intereses de determinados grupos sociales, la noción de “izquierda” no resulta apropiada para calificar un “nosotros”, un “pueblo” que es resultado de la articulación de demandas democráticas heterogéneas. La construcción de un “pueblo” de un modo transversal, con el objetivo de crear una mayoría popular independiente de filiaciones políticas previas, es lo que distingue la frontera política populista de la frontera tradicional entre izquierda y derecha.

En este sentido debería entenderse a los movimientos como Podemos, cuando afirman que no son “ni de izquierda ni de derecha”. No en el sentido de perseguir una política sin frontera, en la modalidad de la “tercera vía”, sino en el sentido de construir la frontera de un modo diferente. El problema es que esta posición, al no explicitar el modo partisano en que se construye el “pueblo”, opaca su orientación política.

Para evitar esta indeterminación política, me parece importante hablar de populismo "de izquierda" en referencia a otro sentido de "izquierda", relacionado con su dimensión axiológica y que indica los valores que defiende: la igualdad y la justicia social. Es fundamental, a mi entender, preservar esta dimensión, a la que considero central, en la formulación de una estrategia populista que se proponga radicalizar la democracia. Cuando se reconoce que el "pueblo" puede ser construido de diferentes maneras, y que los partidos populistas de derecha también construyen un "pueblo", es fundamental, por motivos eminentemente políticos, indicar qué tipo de pueblo se pretende construir. A pesar de todas las alegaciones sobre su obsolescencia, las metáforas de "la izquierda" y "la derecha" aún constituyen marcadores simbólicos clave en el discurso político en las sociedades europeas occidentales, por lo que no creo que sea acertado abandonarlas. Lo que sí resulta necesario es restaurar la naturaleza política de la confrontación y resignificar el sentido de la izquierda.

La distinción izquierda/derecha puede entenderse como escisión y simultáneamente como frontera. En estos tiempos pospolíticos, la diferencia entre izquierda y derecha suele concebirse en términos de una "escisión" –es decir, como un tipo de división que no es estructurada por un antagonismo sino que indica una mera diferencia de posición–. Así entendida, la distinción izquierda/ derecha no resulta adecuada para un proyecto de radicalización de la democracia. Esta diferencia se expresa de una manera propiamente política sólo cuando se la concibe en términos de frontera, cuando indica la existencia de un antagonismo entre las posiciones respectivas y la imposibilidad de una "posición en el centro". Considero que este "efecto frontera" es más difícil de transmitir mediante nociones como populismo "progresista" o "democrático", y que el populismo "de izquierda" subraya la existencia de un antagonismo entre el pueblo y la oligarquía, sin el cual no podría formularse una estrategia hegemónica.

En vez de percibir el momento populista sólo como una amenaza a la democracia, resulta apremiante entender que también ofrece una oportunidad para su radicalización. Para aprovechar esta oportunidad es vital reconocer que la política es partisana por naturaleza y requiere la construcción de una frontera entre

“nosotros” y “ellos”. Sólo mediante la restauración del carácter agonista de la democracia podremos movilizar los afectos y crear una voluntad colectiva orientada a la profundización de los ideales democráticos. ¿Tendrá éxito este proyecto? Es evidente que no existen garantías, pero sería un grave error desaprovechar la oportunidad que brinda la actual coyuntura.

▪

[39] Michael Kazin, The Populist Persuasion: An American History, Nueva York, Basic Books, 1995.

Anexo teórico

Un enfoque antiesencialista

Existen dos maneras de concebir el ámbito de lo político. El enfoque asociativo lo entiende como el terreno de la libertad y la acción concertada. Por su parte, el enfoque disociativo lo concibe como el terreno del conflicto y el antagonismo.[40] Mi reflexión comparte la visión disociativa y se basa en un enfoque teórico desarrollado en Hegemonía y estrategia socialista, según el cual se necesitan dos conceptos claves para tratar la cuestión de lo político: "antagonismo" y "hegemonía".[41] Ambas nociones señalan la existencia de una dimensión de negatividad radical que se manifiesta en la posibilidad siempre presente del antagonismo. Esto impide la plena totalización de la sociedad y excluye la posibilidad de que exista una sociedad más allá de la división y el poder.

La sociedad es entendida como el producto de una serie de prácticas hegemónicas cuyo objetivo es poner orden en un contexto de contingencia. Es la esfera de prácticas "sedimentadas" –es decir, prácticas que ocultan el acto originario de su institución política contingente y que se dan por hechas, como si se autosustentaran–. Todo orden social es la articulación temporal y precaria de prácticas hegemónicas que pretenden establecer orden en un contexto de contingencia. Las prácticas hegemónicas son las prácticas articuladoras que permiten crear un determinado orden y fijar el sentido de las instituciones sociales.

Las cosas siempre podrían haber sido distintas, y todo orden se fundamenta en la exclusión de otras posibilidades. Es siempre la expresión de una configuración particular de relaciones de poder y carece de un fundamento racional último. Lo que se presenta como el orden natural nunca es la manifestación de una objetividad más

profunda, exterior a las prácticas que lo crearon. Por lo tanto, todo orden existente es susceptible de ser cuestionado por prácticas contrahegemónicas que intentan desarticularlo para instalar otra forma de hegemonía.

El segundo postulado importante del enfoque antiesencialista es que el agente social está constituido por un conjunto de "posiciones discursivas" que nunca lograrán fijarse del todo en un sistema cerrado de diferencias. El agente social se construye mediante una diversidad de discursos entre los cuales no existe una relación necesaria sino un movimiento constante de sobredeterminación y desplazamiento. La "identidad" de este sujeto múltiple y contradictorio es, por lo tanto, siempre contingente y precaria, está fijada temporalmente en la intersección de esos discursos y depende de formas específicas de identificación.

Así, es imposible hablar del agente social como si se tratara de una entidad unificada, homogénea. Debemos abordarlo como una pluralidad –que depende de varias posiciones de sujeto a través de las cuales es constituido dentro de diversas formaciones discursivas– y reconocer que no existe una relación necesaria, a priori, entre los discursos que construyen sus diferentes posiciones de sujeto. No obstante, esta pluralidad no implica la coexistencia de una pluralidad de posiciones de sujeto, sino la constante subversión y sobredeterminación de una por las otras, lo que permite que se generen efectos totalizantes dentro de un terreno caracterizado por sus fronteras abiertas y determinadas.

Se produce, así, un doble movimiento: por un lado, un movimiento de descentralización que previene la fijación de una serie de posiciones alrededor de un punto preconstituido; y por otro, como resultado de esta no fijación esencial, el movimiento opuesto: la institución de puntos nodales, fijaciones parciales que limitan el flujo del significado por debajo del significante. Pero esta dialéctica de la no fijación/fijación sólo es posible porque la fijación no está preestablecida, porque ningún centro de subjetividad precede a las identificaciones del sujeto. Por esta razón debemos concebir la historia del sujeto como la historia de sus identificaciones, y no existe ninguna identidad oculta que sea necesario rescatar.

Negar la existencia de un vínculo necesario, a priori, entre las

posiciones de sujeto no significa que no exista un esfuerzo constante por establecer entre ellas vínculos variables, contingentes e históricos. Este tipo de vínculo que establece una relación contingente y no predeterminada entre varias posiciones, es lo que denominamos una “articulación”. Aun cuando no haya un vínculo necesario entre diferentes posiciones de sujeto, en el campo de la política siempre existen discursos que intentan proporcionar una articulación desde diferentes puntos de vista.

Por este motivo, toda posición de sujeto se constituye dentro de una estructura discursiva esencialmente inestable, puesto que se somete a una variedad de prácticas articulatorias que la subvierten y transforman una y otra vez. Por eso no hay ninguna posición de sujeto cuyos vínculos con otras estén asegurados de manera definitiva y, por lo tanto, no hay identidad social que pueda ser adquirida de una manera completa y permanente.

Una concepción agonista de la democracia

Luego de Hegemonía y estrategia socialista, gran parte de mi trabajo estuvo dedicado a elaborar un modelo alternativo de política democrática que pudiera dar cuenta de la inerradicabilidad del antagonismo y de la naturaleza hegemónica de la política.[42] Las cuestiones que he planteado son las siguientes: ¿cómo concebir la democracia dentro del marco de nuestro enfoque hegemónico? ¿Cómo puede un orden democrático reconocer y manejar la existencia de conflictos que no tienen una solución racional? ¿Cómo es posible concebir la democracia de un modo que permita la confrontación entre proyectos hegemónicos opuestos en su seno?

Mi respuesta a esos interrogantes es el modelo agonista de democracia, que a mi entender proporciona el marco analítico necesario para vislumbrar la posibilidad de una confrontación democrática entre proyectos hegemónicos. En pocas palabras, mi argumento es el siguiente.

Una vez que aceptamos la dimensión de “lo político”, comenzamos

a darnos cuenta de que uno de los desafíos más importantes para la política democrática liberal pluralista consiste en intentar desactivar el antagonismo potencial que existe en las relaciones humanas para hacer posible la coexistencia humana. De hecho, la cuestión fundamental no reside en cómo alcanzar un consenso al que se llega sin exclusión, ya que esto exigiría la construcción de un "nosotros" que no tendría su correspondiente "ellos". Y esto resulta imposible porque la condición misma para la constitución de un "nosotros" es la demarcación de un "ellos".

La cuestión crucial en un régimen democrático liberal es, por lo tanto, cómo establecer esta distinción nosotros/ellos –que es constitutiva de la política– de modo que sea compatible con el reconocimiento del pluralismo. Lo importante es que cuando surja un conflicto, no tome la forma de un "antagonismo" (una lucha entre enemigos), sino la de un "agonismo" (una lucha entre adversarios). La confrontación agonista es diferente de la antagónica, no porque admita un posible consenso, sino porque no considera al oponente como un enemigo por destruir; lo considera, en cambio, como un adversario cuya existencia se percibe como legítima. Sus ideas serán combatidas enérgicamente, pero su derecho a defenderlas jamás será cuestionado. Sin embargo, la categoría de "enemigo" no desaparece, ya que es pertinente repecto de aquellos que, por rechazar el consenso conflictual que constituye la base de una democracia pluralista, no pueden formar parte de la lucha agonista.

Por lo tanto, resulta crucial que la democracia aborde la cuestión de los límites del pluralismo, y no hay forma de evadirla. Al afirmar el carácter constitutivo de la división social y la imposibilidad de alcanzar una reconciliación final, la perspectiva agonista reconoce el carácter necesariamente partisano de la política democrática. Al concebir esta confrontación en términos de adversarios y no bajo la modalidad amigo/enemigo, ya que esto podría conducir a una guerra civil, permite que esta confrontación se desarrolle dentro de las instituciones democráticas.

Esta confrontación necesaria es algo que la mayoría de los teóricos democráticos liberales buscan eludir por su manera inadecuada de concebir el pluralismo. Si bien reconocen que vivimos en un mundo

donde coexisten numerosas perspectivas y valores, y que es imposible –por razones empíricas– que cada uno de nosotros los adopte todos, estos teóricos suponen que, una vez reunidos, todos esos valores y perspectivas constituirán un conjunto armonioso y carente de conflicto. Por lo tanto, este tipo de pensamiento no puede dar cuenta de la naturaleza necesariamente conflictiva del pluralismo, que deriva de la imposibilidad de reconciliar todos los puntos de vista; y por esta razón se ve obligado a negar lo político en su dimensión antagónica.

Lo que se plantea en la lucha agonista es la propia configuración de las relaciones de poder que estructuran el orden social y el tipo de hegemonía que construyen. Es una confrontación entre proyectos hegemónicos opuestos que nunca podrán ser reconciliados de manera racional. Por lo tanto, la dimensión antagónica está siempre presente, pero es puesta en escena por medio de una confrontación cuyos procedimientos son aceptados por los adversarios. A diferencia de los modelos liberales, esta perspectiva agonista acepta que todo orden social es instituido políticamente y que el terreno donde ocurren las intervenciones hegemónicas nunca es neutral, ya que siempre es producto de prácticas hegemónicas previas. Percibe la esfera pública como el campo de batalla donde los proyectos hegemónicos se enfrentan sin ninguna posibilidad de reconciliación final.

La distinción entre “antagonismo” (relación amigo/enemigo) y “agonismo” (relación entre adversarios) nos permite comprender por qué, a diferencia de lo que creen muchos teóricos democráticos, no es necesario negar la inerradicabilidad del antagonismo para poder concebir el establecimiento de un orden democrático.

Considero que la confrontación agonista, lejos de representar un peligro para la democracia, es en realidad la condición misma de su existencia. Sin duda, la democracia no puede sobrevivir sin cierta forma de consenso respecto de la adhesión a los valores ético-políticos que constituyen sus principios de legitimidad y a las instituciones en las cuales se inscriben. Pero también debe permitir la expresión agonista del conflicto, que requiere que los ciudadanos tengan la posibilidad genuina de elegir entre alternativas reales. Una democracia eficaz exige una confrontación de posiciones

políticas democráticas. Si esto no ocurre, siempre existirá el peligro de que esa confrontación democrática sea reemplazada por una confrontación entre valores morales no negociables o entre formas esencialistas de identificación.

▪

[40] Oliver Marchart propone esta distinción entre enfoques asociativos y disociativos en Post-Foundational Political Thought: Political Difference in Nancy, Lefort, Badiou and Laclau, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2007, pp. 38-44 [trad. cast.: El pensamiento político posfundacional. La diferencia politica en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau, Buenos Aires, FCE, 2009].

[41] Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics, Nueva York - Londres, Verso 2014 [trad. cast.: Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la política democrática, Buenos Aires, FCE, 2004, p. 212].

[42] Desarrollé esta concepción agonista en los siguientes libros: The Return of the Political, Nueva York - Londres, Verso, 1993 (ed. rev., 2005) [trad. cast.: El retorno de lo político, Barcelona, Paidós, 1999]; The Democratic Paradox, Nueva York - Londres, Verso, 2000 (ed. rev., 2009) [trad. cast.: La paradoja democrática, Barcelona, Gedisa, 2003]; On the Political, Abingdon, RU, Routledge, 2005 [trad. cast.: En torno a lo político, Buenos Aires, FCE, 2007]; y Agonistics: Thinking the World Politically, Londres–Nueva York, Verso, 2013 [trad. cast.: Agonística. Pensar el mundo políticamente, Buenos Aires, FCE, 2014].

Agradecimientos

Para la elaboración de mi concepción del populismo de izquierda, me han resultado muy provechosas las discusiones públicas y conversaciones privadas con Iñigo Errejón, Jean-Luc Mélenchon, François Ruffin y Yannis Stabrakakis, quienes, de diferentes maneras, han contribuido al desarrollo de mis argumentos.

También quiero agradecer por sus muy útiles sugerencias y comentarios sobre diversos aspectos del libro a Pauline Colonna D'Istria, Leticia Sabsay, James Schneider y Christophe Ventura. Por último, quisiera agradecer al Instituto de Ciencias Humanas de Viena (IWM) por brindar un ambiente muy estimulante y agradable durante los meses de la primavera europea de 2017, período en que escribí una parte sustancial de este manuscrito.